REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXII — San José, Costa Rica **1936** Sábado 12 de diciembre — Num. 22

Año XVIII — No. 782

SUMARIO

Federico García Lorca, poeta y soldado de la libertad

Por *RAUL ROA*

= *Envío del autor*. La Habana. Noviembre de 1936. =

Federico García Lorca, el poeta gitano, el romancero por antonomasia, el juglar del tiempo nuevo, ha muerto. Hace varias semanas el cable, con deliberado laconismo, sin el más leve comentario, difundió el crimen horrendo por el orbe. Muerto, frente a un paredón de fusilamiento, en un atardecer morado y en su Granada natal.

Ahora una revista española, "Estampa", trae detalles precisos e irrefutables del hecho. No fué el plomo republicano —plomo español— el que horadó, destrozándolo, su pecho generoso y repleto de canciones inéditas. De haber sido así, ya la prensa reaccionaria mundial y particularmente la nuestra, habría fomentado la consabida y soez albaraca sobre su cadáver acribillado. Balas mercenarias fueron las que segaron esta vida joven, impetuosa, farandulera y prometedora. Soldados del Tercio y marroquíes embaucados, y más de un falangista rencoroso y cavernícola, oficiaron alegremente de verdugos. Balas directamente proyectadas contra el corazón mismo de la cultura española. Balas a sueldo del oscurantismo internacional que tiene su sede en Roma y Berlín y por símbolo el hacha. Federico García Lorca, poeta de íntima e inagotable raíz popular, católico y cubista, dionisiaco y contemplativo, triste y saleroso, pacifista y torero, muy de ayer y más de hoy, cayó verticalmente, como un soldado genuino de la libertad, sellando con su sangre pura la santidad revolucionaria de la causa antifascista, que es la causa de la cultura, de la paz, del pan seguro y de la dignidad humana. Asesinado, fría y premeditadamente, con implacable y refinada sevicia —en casa de "nobles" se planeó y decidió ejecutarlo— como represalia infamante al supuesto fusilamiento en Madrid de los hermanos Quintero y de Jacinto Benavente, que, a la sazón, como ahora, gozaban de muy buena salud. Asesinado por ser artista del pueblo, por español y andaluz. Asesinado por llevar consigo una carta del profesor socialista Fernando de los Ríos. Asesinado, en fin, por no ser, por no querer ser facineroso, al revés de mi ex-admirado don Miguel de Unamuno, que renegó, sanchopancescamente, de sus cuarenta años de "quijotismo civil y patriótico" ante la contundente inminencia de las culatas de Franco. Como así fué, como Federico García Lorca fué asesinado por el plomo nacionalista —que es plomo extranjero— los comentarios del patio al servicio de Burgos han eludido la magnitud moral del suceso subestimando, descocadamente, su innegable condición de altísimo poeta, otrora exaltada.

Federico García Lorca

Dibujo de *Arteche*

No es esta la coyuntura adecuada de enjuiciar críticamente al lírico egregio. Ni cae ello en la arena de mi dedicación y capacidad, ni podría yo hacerlo, aún sacudido por la trágica visión de su muerte cercana. Sí juzgo sobremanera oportuno, en cambio, repasar sumariamente su vida y su obra, como ferviente tributo a sus calidades excelsas.

Federico García Lorca se reveló tempranamente poeta. A los diez y siete años, estudiante de Derecho de Granada, dio al aire claro de la vega fragante sus primeros versos estremecidos. Versos melodiosos, encendidos y fáciles, pero cargados de ecos: Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado, Salvador Rueda. Su libro primigenio, "Libro de poemas", publicado en Madrid en 1921, condensa, depurada, esta rumorosa resonancia inicial. En este libro, no obstante la profusión de voces ajenas, bullen ya, confundidos, los gérmenes de ulteriores y personalísimas realizaciones.

Como todo poeta de auténtica fibra, García Lorca no tardó en hallarse a sí mismo. Para ello no encontró vía más segura y mejor que recorrer todo España al estilo gitano, a *la buena de Dios* del trashumante sin prisa y sin meta, penetrando así en el alma de su música popular y el hondón de su tradición folklórica más pura. A la vuelta del peregrinaje entrañable —decorado de retablos jócundos y juglarescas diabluras— García Lorca estaba ya en posesión plena de su individualidad poética. En lo adelante, y a pesar de Madrid y el sarampión ultraísta, su poesía y su teatro serán trasunto leal y caliente de esos días andariegos, soleados y azarosos. Será ella, por eso, empero su moderni-

dad y fluencia de imágenes nuevas, una poesía y un teatro de honda y viva raíz tradicionalista, poesía y teatro de subsuelo, de ancho aliento humano, poesía y teatro que atesoran en sus cármenes florecidos las esencias más insobornables de la tradición española.

Contemporáneo de Pedro Salinas, Gerardo Diego y Jorge Guillén, nadie más distante de ellos que García Lorca. Han vivido juntos, pero no revueltos. Su "Primer Romancero Gitano" lo sitúa, señeramente, en el panorama lírico dominante. Se ha intentado por algunos ver en Rafael Alberti —nacido bajo el mismo signo que los anteriores—un discípulo aventajado de García Lorca. No es así, en realidad. Alberti — que es hoy un poeta convertido al marxismo militante, un poeta "con una filiación y una fe"—fué en sus comienzos poeta también de tono andaluz y popular contenido. Sin embargo, entre él y García Lorca no pueden establecerse, con riguroso sentido crítico, relaciones ni vinculaciones de ninguna índole. Existen entre ambos, sin duda, diferencias sustantivas, aparentemente inapreciables, las mismas que existieron entre Gil Vicente y Lope de Vega. "La poesía de Alberti —advierte acertadamente Federico de Onís en su magnífica "Antología de la poesía española e hispanoamericana'— difiere esencialmente de la de Lorca en ser la fuente de aquella la poesía recogida en las imitaciones cultas y en las colecciones del Renacimiento —tradición restringida, pura y selecta— mientras que la de Lorca procede directamente de la tradición viva popular". Hoy, por imperativos incontrastables, Rafael Alberti ha devenido —limpio de intelectualismo y de prejuicios jerarquizantes— en cantor inflamado y sencillo de los dolores y esperanzas de los oprimidos.

Espíritu inquieto y proteico, García Lorca abandona la Residencia de Estudiantes y los estudios jurídicos, trasciende la lírica e invade, torrencialmente, la música, la pintura, el teatro. Envuelto espléndidamente en su capa gitana, recorre toda España de nuevo, representando en sus pueblos más apartados y polvorientos —boina, alpargata y chorizo— comedias clásicas y autos sacramentales. Su compañía "La Barraca", compuesta de aficionados, fué el vehículo difusor de las glorias legítimas del teatro español. Moderno juglar, recita y se acompaña al piano, protagoniza sus obras, da conferencias y hasta actos de prestidigitación y de magia. De vuelta a Madrid, García Lorca emprende, con parejo entusiasmo, una pintoresca y resonante aventura cinematográfica.

Avido de nuevas tierras y sentires distintos, zarpa una mañana refulgente y azul rumbo a América. New York —envuelta todavía en trémulos chales de bruma— sabe de sus cante jondos y de sus romances gitanos. Pasa por la Habana rumbo a México, donde cosechó admiración inextingible y vivió, desbordadamente, días inolvidables. De retorno a España, se apeó en la Machina invitado por la Institución Hispanocubana de Cultura, en la que dictó una serie de conferencias donde lo plástico y lo melódico se conjugaron, por igual, en un lenguaje irisado de insospechados cabrilleos.

Yo tuve entonces la oportunidad de conocerlo y tratarlo. Le fuí presentado por Porfirio Barba Jacob —el envilecido y rutilante Ashavero de la poesía americana— en el banquete con que le obsequiara un grupo de escritores y artistas cubanos bajo los auspicios de "1930", la fenecida "Revista de Avance". Allí y a la hora inefable en que ingerido el café se impuso la breva, le oí declamar, con dominio admirable de la voz y del gesto, sus últimas creaciones, escritas en México. Varios días después, y a instancia de mi querido amigo el doctor Roberto Agramonte, García Lorca acudió a su cátedra universitaria donde fué objeto de un cordial homenaje. Recuerdo, nítidamente, la atención sorprendida con que los estudiantes sorbieron —alucinado refresco —los versos maravillosos del "Romance Sonámbulo":

Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,
las cosas están mirando
y ella no puede mirarlas.

Y como colofón ineludible "La casada infiel":

Me porté como quien soy,
como un gitano legítimo.
Le regalé un costurero
grande de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río.

García Lorca —que había desembarcado por breves días en la Habana— vivió, convivió, largos meses entre nosotros, metido hasta la cintura en las "cosas de negro" y hasta más allá de la nuez en la capa terciaria de nuestra psicología popular. Fascinado por un sol y por un mar gemelos del mar y del sol andaluz, parecía dispuesto a no irse nunca. De su estancia aquí y en Santiago de Cuba —a la que fuera en un "coche de aguas negras"— podrían narrarse mil anécdotas inusitadas y más de un millón de tomaduras de pelo a plumíferos y aedas hinchados de petulancia aldeana. Pero ningún episodio tan lujoso de humor y tropical colorido como aquella excursión suya a Güines con Carnicer Torres a rendirle pleitesía al poeta Hipotrocasmo. Su inagotable gracejo y su infinito don de mentiras —curro al fin— hicieron época en nuestro mundillo literario. Cuando se fué, otra mañana refulgente y azul, dejaba tras de sí un tembloroso reguero de afectos y más de una ilustre vanidad desollada. Porque este Federico García Lorca, no obstante su eterna y clara sonrisa y su juventud generosa, tenía una lengua afilada como un puñal toledano.

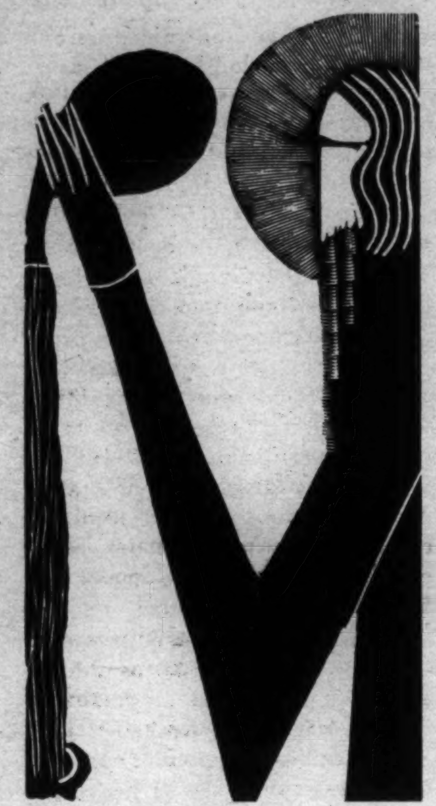
Ya en España, vivió febrilmente el advenimiento de la república captando de ella la onda popular que traía en sus entrañas. Hizo versos, versos que se publicaron en hojas precarias o se perdieron en el seno fecundo de los recitales improvisados y anónimos. Hizo, sobre todo, romances, que es la forma poética popular por excelencia. Pero muy pronto concentró su actividad al teatro, al que ofrendó, alborozado, con el asombro consiguiente, todas sus preferencias estéticas y humanas. Lino Novás Calvo ha querido ver en esta dedicación absoluta de García Lorca a la dramática su convicción inconfesada de sentirse ya incapaz de superarse en la lírica. No comparto el criterio. Creo, por lo contrario, que esta preferencia decidida y súbita de García Lorca por la dramática, en el apogeo esplendente de su estro poético, radicó en su creencia firmísima, cimentada en la propia tradición española cuajada de ejemplos, que es en el teatro de imitación popular donde más cabalmente se funden el artista y la masa. Su experiencia —muy cardinalmente el montaje del poema trágico "Yerma", su realización teatral más lograda— parece haberle dado plena razón. En efecto, nunca García Lorca se sintió más inmenso en la masa y ésta en su espíritu que en esta gesta dramática de la que han quedado, como exponentes impares, entre otros, "Yerma" y "Bodas de Sangre".

Cuando todavía se representaba aquella por los escenarios de España y García Lorca saboreaba en Granada las mieles de haber dado al teatro español en decadencia una obra pujante de vida, digna de su tradición magnífica, estalló brutalmente la sublevación absolutista. España entera le salió briosamente al paso. Ningún intelectual responsable —fuera de Unamuno— formó segundón en las hordas vandálicas que comandan Franco y Mola, que representan, históricamente, la Anti-España. Hasta José Ortega Gasset —sospechoso de anacrónicas veleidades— permaneció y permanece leal a la república del 16 de febrero.

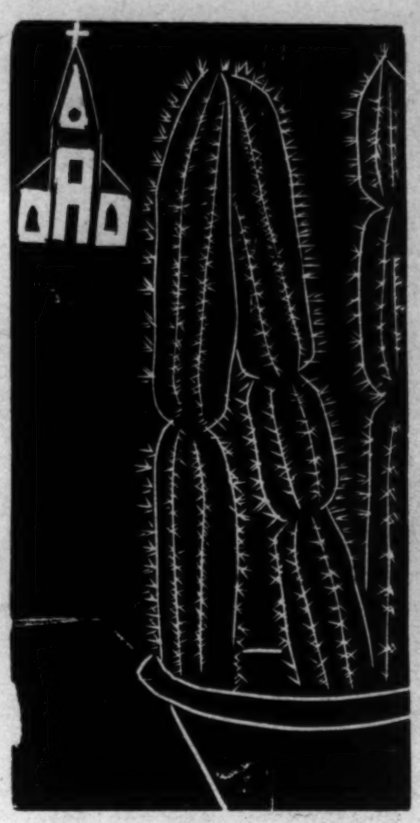
Federico García Lorca, por su parte, respondió sin vacilaciones. Sorprendido en Granada, no se amilanó por ello. Siguió siendo republicano, entre falangistas, legionarios y moros. Allí, frente a un paredón de fusilamiento, valerosamente erguido como un auténtico soldado de la libertad y en un atardecer morado, en uno de esos atardeceres incomparables de Granada, cayó envuelto en su propia sangre Federico García Lorca, el poeta gitano, el poeta popular de España, el poeta que en esta hora memorable y sangrienta de renacimiento español nos hubiera dado —de vivir— el romance imperecedero y vibrante de la guerra civil, de esta guerra civil que puede ser el preludio anhelado del derrocamiento mundial del fascismo.

Para "Revenar". No para Max Jiménez

= *Envío de la autora. Santiago de Chile. Noviembre de 1936.* =



Letra inicial del verso
Más vino, señor de la melancolía;
(*Jesús hizo vino del agua*)



Letra inicial del verso
Nopales en jardines
(*La parroquia blanca*)

No escribo esto para el amigo que me tendió su mano cuando la pude necesitar, no para mi incertidumbre de libertad que siempre encontró el hueco necesario dentro de su amistad. No es para el amigo, ni para su voz de la cual ya he hablado, porque ha sonado cariñosa y comprensiva, es para "Revenar". El libro que no necesita la voz de Max, caliente y persuasiva. "Revenar" casi lo ha echado a un lado, para vivir solito.

Ha llegado una mañana cuando hacía un poco de sol, y lo estaba esperando, sobre la cama, muy para mí, muy para cada uno de nosotros. No he necesitado tampoco leerlo entero, ni he tenido tiempo, porque el libro que vino como un rayo de sol, es todo nuevo, todo franco y todo bueno.

"Revenar" no hace figuras deslumbrantes que hagan pensar en cerebros excepcionales o en sensibilidades enfermas. Es como un abrazo de esos dados en golpe de espalda, que esfonda convencionalismos y hace reventar lágrimas, un abrazo de mano pesada, de dedos chatos, de manos que hacen pozo para el llanto, y almohada para la cabeza.

Es un trabajo de obrero tosco, reventón, no tiene pulimentos de pensamiento reventado a la fuerza, es muy gritón a veces, a veces también da un empujón de vida y pasa como esas personas que llevan proa de buque guerrero en la frente. Una proa limpia sin dibujos, sin estilizaciones, una proa de línea pura, una recta sobre su propio y muy propio equilibrio.

Lo he querido inmediatamente. Max Jiménez probablemente necesita un comentador más versado que yo para su libro, pero no es para Max Jiménez que escribo, es que este libro que vino a mi cama como un rayo de sol, me ha hecho escribir esto y pensar mucho más.

Es aquello de estar enhebrado; sentirse untado de una costra de buenos modales, y ver sobre una mesa bordada de cosas incomibles y elegantes, un pedazo de pan blanco y un vaso de agua clara, para la sed de cosas buenas, y para el hambre de cosas francas.

Y luego sus maderas, cariñosas, que yo he visto muchas veces reventar trabajosamente de sus manos de obrero, han ido saliendo lentamente en un parto dificultoso, chorreando por la punta, unas veces aguda, otras chata de sus instrumentos de trabajo bajo el cerebro del hueco de su mano. No son plumas ni pinceles, ni cinceles de grabados de joyas, son en esas manos: un arado, una pala, un machete, que iba dejando sobre la tierra blanca de los cuadritos de madera de café, trillos para el grano, arroyitos de agua pura, charquitos de barro, caminitos que van haciendo, así... así... en la madera suave; lumbreritas de luna, y sobre la mesa, un montoncito que cabe en el hueco de esa mano obrera, de colochitos tiernos del diminuto aserradero. "Revenar" no quiere cantar civilizaciones heredadas o agradecer mendrugos del progreso ajeno. "Revenar" es huraño como un caballo cerrero, duro como el árbol que no se deja cortar, necio como el repetirse de las mareas, tosco a veces como la cabaña del campesino, pero para los que lo queremos, se dará como una yegua joven y se dejará tocar, y nos guiará la mano.

Y hay una cosa que no sabe Max Jiménez, pero que sí sabe "Revenar" que con él viene un poeta nuevo y bueno, mucho más bueno que todos los envenenados poetas españoles, y mucho más bueno que todos los poetas que quieren serlo y no lo son, y mucho más bueno que los que creen ser mucho más buenos.

Yolanda Oreamuno



Letra inicial del verso
Resucitó entre los muertos
(*La Ascención*)



Letra inicial del verso
Una tarde vendrá, y me dará la mano,
(*El faro*)

¿Dónde está la ética?

Por LORENZO VIVES

= *Envío del autor*. San José, Costa Rica, novbre. 28 de 1936 =

Si la historia se repitiera, es decir, si los hechos relatados por la historia, en su avance, se presentaran con facetas equivalentes, no sería consoladora la coincidencia; pero por lo menos no representaría desdoro para la dignidad humana. Mas esta semejanza no se presenta. En los pasos más o menos simétricos de la vida de la humanidad constatamos con gran pena un retraso de orden espiritual.

Dejemos los alardes de progreso material; olvidemos los prodigios de la técnica: no nos interesan en esta ocasión; hablemos de aquellos elementos morales que caracterizan la educación de un pueblo. Considerándolo bien, hemos de inclinar la cabeza con tristeza y afirmar que estamos, los hombres de hoy, en derrota. Y, lo que es más triste, es que este descenso en el índice moral de la generación actual se muestra, ya, en la adolescencia. No creo que desentone el recuerdo de la siguiente anécdota que nos cuenta Catón. Un mozalbete romano había estado con su padre presenciando una sesión del Senado. Al regresar a la casa, la madre, con cierta curiosidad, le pregunta qué era lo que habían tratado los Padres de la Patria. El niño contestóle que algo que por su gravedad no se podía referir. Esta respuesta aumentó el afán de saber de la mujer hasta hacerla insistir. Entonces, el prudente muchacho le dijo que habían discutido acerca de si era más prudente el que un marido tuviera dos esposas o una esposa dos maridos. Alarmada, la mujer comentó con otras lo que acababan de contarle, y al siguiente día una comisión se acercó a los Senadores a decirles que lo más conveniente sería que la mujer pudiera tener dos esposos. La extrañeza de aquellos varones fue grande y al saber la verdad de lo ocurrido por el propio muchacho, convinieron que sería muy conveniente para el futuro cerrar la Cámara a los menores a excepción del autor de la ocurrencia, por su honradez al saber callar asuntos de incumbencia privada.

Esta historia o leyenda nos pone ante una parte viva del carácter de un pueblo que por influencia ancestral tenía conciencia meridiana de sus deberes y derechos. El Estado, para el romano, era la idea más elevada que de las categorías terrestres tenía. Pero este mismo concepto era privativo para ciertas atribuciones que hoy no se recata de poseer. Así, cuando el Rey se hace indigno, el pueblo lo elimina y lo sustituye por dos Cónsules con prerrogativas para un año. Fijémonos en este hecho. No es sustituído por otro individuo, sino por dos, con fallos vetables mutuos. Estos dos hombres encarnaban el *imperium* que antes retenía por un tiempo ilimitado con derecho hereditario un *rex*. Y este imperio era sagrado para el ciudadanos cuando los que lo detenteban lo habían conquistado legalmente No había que exigírsele al pueblo (plebs), tales o cuales obligaciones; él era el más exigente guardador de ellas. Pero, a su vez, el Estado (ciudad, como en Grecia), velaba por los derechos que emanaban del individuo, sin olvidar de exigirle el cumplimiento de los deberes para con los demás. El *paters familias*, por ejemplo, al descuidar a la esposa, los hijos o dependientes, fuesen éstos libres o esclavos, perdía los derechos civiles. El abandono de las tierras u otra propiedad, los lujos inútiles, la mala fe en los contratos, todo llegó a ser castigado por los Censores. Un Senador podía ver su nombre excluído de la lista del Senado; un soldado, descalificado por un acto incivil.

Cuando en momentos de peligro se designaba a un solo individuo para resolver la situación con poderes ilimitados y por un tiempo determinado tomando el nombre de dictador, el pueblo veía en él al salvador y éste en el otro a la vida misma que era necesario ancauzar y guardar.

La diferencia de clases aparejaba la de derechos; pero también la de deberes. Por ejemplo: la voz del pueblo había de ser oída en la elección de Cónsules, pero a aquellos ciudadanos que más responsabilidad tenían por su posición, más voz les correspondía: todos servían en el ejército, y si los ricos tenían ciertas ventajas sobre los pobres en cuanto a vestidos y alimentación por poderse pagar los gastos, tenían el deber de combatir en la vanguardia mientras los segundos peleaban en la retaguardia. Y cuando por exceso de deudas pierde el pueblo su libertad, no se levanta en armas contra los ricos, sino que virilmente sale de Roma para ir a fundar otra ciudad más arriba del Tíber, siendo en seguida llamado por considerársele elemento indispensable, adquiriendo con ello nuevos derechos, entre otros, el de elegir a sus representantes en el Senado, los cuales llegan a ser elevados a Cónsules y, con el tiempo, es de ley que uno de los dos que se eligen, sea plebeyo. No tarda en obtener la plebe, el clímax de sus aspiraciones logrando intermatrimoniar las dos clases, cosa antes ilegal.

Seamos serenos. ¿Procedemos hoy así? Ciertamente, no. La educación de aquel pueblo estaba basada en antiquísimas tradiciones religiosas de pura esencia espiritual, y consciente de que la República dependía del adecuado equilibrio entre lo material y lo del espíritu, acataban con fervor la ley, convencidos de que ella les amparaba, y sentían en lo íntimo el respeto y la devoción a lo imponderable. Por obra y gracia de ese equilibrio, aquel pueblo avanzaba por la senda que le señalara el destino.

Hoy, no queriendo la humanidad reconocer el papel de ambos valores (el del cuerpo y del espíritu), inconscientemente irrumpe en el campo de la convivencia dentro del respeto mutuo y levanta el odio en nombre de un Estado más cerrado que la masa por cuanto tergiversando el sentido prístino de su significación se irroga actos de fuerza que rechaza la más elemental dignidad. Ni el estado absorbente ni el individuo aislado. (El fascismo y el comunismo caben en la primera aberración, el anarquismo en la segunda). Por encima de todo dominio, el equilibrio, pues si el Estado sin el ciudadano no es posible, éste sin aquél pierde su estabilidad.

Por impotencia intelectual, por abulia nos lanzamos, a última hora, a rápidos remedios para curar males crónicos que requieren años y años de tratamiento tenaz, adecuado y persistente. Esta misma impotencia lleva a la destrucción de aquello que no se sabe construir. Por abulia se rehuyen los asuntos psíquicos y por apatía se desentiende uno de los problemas trascendentales dejando que otros, casi siempre desposeídos de aquella elegancia en la acción y en el pensamiento que caracteriza a los aristócratas del espíritu, los resuelvan. Todas las apetencias son de orden material. El yo concupiscente es el que ambula por los vericuetos de las apetencias groseras. Pocos son los que al sentir su dignidad herida por la conducta poco humana del que le manda truecan los deseos de venganza cruenta por la obstinada persecución de nuevos puestos estimulando resortes honrados. Más que la garra del impotente, el gesto varonil del que se conoce digno y fuerte; íntegro en su conducta global y, aunque humilde, seguro exponente ético de la vida.

Canto a España

Por DMITRI IVANOVITCH

= Envío del autor. Nueva York, 26 de noviembre de 1936 =

Pueblo múltiple de España,
que, unido en haz de valor,
luchas contra el invasor
nacido en tu propia entraña:
no puede ser a tu contienda extraña
la América a quien sangre tuya diste;
en cuyo oscuro corazón, fundida
con sangre de español, la sangre triste
del indio, y la que de Africa trajiste
a esclavizarla aquí, padece unida.

Siglos luengos, ya la torva
saña de conquistadores;
ya falsa voz de señores
criollos, a ambos nos estorba
plática fraternal: que en tanto encorva
indio, español o negro el espinazo
al opresor de aquende o al de allende,
los que por el esfuerzo de otro brazo
viven y triunfan, van sin embarazo
hablando de un amor que nadie entiende.

¡Madre! *gritábanle a España*
acá quienes eran hijos
de aquellos que en crucifijos
simbolizaban la saña
de encomenderos torpes, que cizaña
son del campo de Cristo. ¡Hija dilecta!
sus iguales de España le decían
a cualquiera república que abyecta
prolongaba en América la infecta
tradición que en España sostenían.

Y eso, que no era español,
menos era americano;
flores hay en el pantano,
tiene sus manchas el sol,
escoria el oro, hasta que va el crisol
del metal la impureza separando.
Ni España es madre ni hijas las que ahora
con el pueblo de España están vibrando...
¡Oh España! ¡Oh tú, mi América! la hora
de hermanaros al fin la vais hallando.

¿Cúya la voz que resuena
al otro lado del mar?
¡La del pueblo que al pelear
quiere romper su cadena!
¡España, España, tuya es nuestra pena;
nuestras serán tus glorias o tu duelo!
¡España, España nuestra, ayer verdugo,
hoy sangrante Moisés a quien al cielo
la prometida tierra a nuestro anhelo
que debas señalar desde ahora plugo!

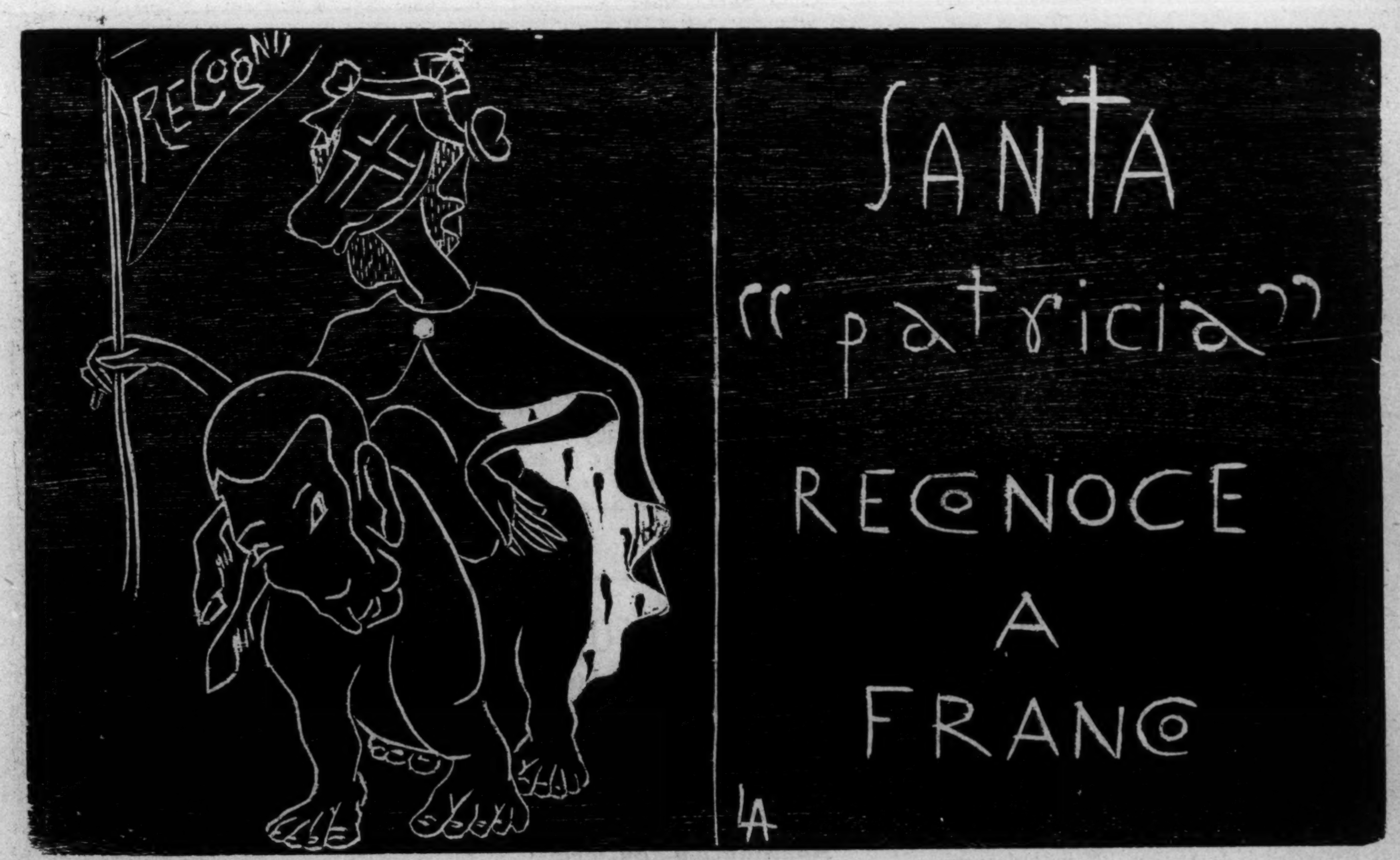
¡Arriba España! *dijeron*
aquellos que en puridad,
al matar la libertad,
abajo a España pusieron.
¡España! ¡Madre España! *repitieron*
los que en tierras de América hoy en día,
indignos de la herencia que reciben
de los libertadores, a falsía,
burlando de sus pueblos la agonía,
hablan la libertad y no la viven.

No es lucha de España sola
la que hoy a España ensangrienta.
¡América! date cuenta
de que hoy en tierra española,
frente al Pueblo español que allá enarbola
la enseña redentora que promete
pan y trabajo y paz al pueblo entero,
surge el pendón que al infeliz somete
a su señor; la ley que aún hoy sujete
el indio al implacable encomendero.

Bien está que los traidores
de América y los de España,
pues una misma es su hazaña,
unos anden en amores.
Pero tú, tú, mi Pueblo americano
que, como el español, víctima eres
de opresión secular: en tus dolores,
¿no encontrarás la voz que grite ¡Hermano!;
ni sentirás la urgencia que a esos seres,
en ímpetu humanal, lleve tu mano?

Madrid, Barcelona, son,
antes que español baluarte,
palenques en donde parte
campo nefanda opresión
con anhelo que augura redención
a los desheredados de la suerte.
¡Alza España! ¡Alza América! Si ardidas
marcháis a la victoria o a la muerte:
¿quién contra vuestros pueblos será fuerte?
¿quién venceros podrá, si andáis unidas?

CARA Y CRUZ



Vanguardia política

Madera de *L. de Artiñano.*

Hoy, sólo México está,
como México, del lado
de quienes a lo pasado
le oponen lo que vendrá;
pero, ¿quién que a su América conozca
dice que toda América no va
hacia la España que a la España hosca
y opresora y feroz hoy desafía,
cuando ella, hoy como ayer, sierpe que enrosca
sus anillos, al pueblo ahogar querría?

Estos bárbaros que hogaño,
porque a Madrid no dominan,
desde un avión asesinan
al pueblo que a ser rebaño
se niega, émulos son de los que antaño,
con sed de mando igual, ávidos de oro,
toman también por alcahuete a Cristo
y en lucha desigual van sin decoro
pidiéndole la vida o el tesoro
al indio de arcabuces desprovisto.

Crueldades de Hernán Cortés
y perfidias de Pizarro;
sangre y más sangre, que en barro
sangriento torna después
tierra en que de Morillos y de Enriles
la demente crueldad fiera se ensaña:
eso fué España aquí... ¡No... no...! Los viles
hechos, los crueles hechos con que engaña
en páginas falaces o serviles
su historia al español, no son España.

Otra fué la verdadera
España: la que sufría
en sus carnes la agonía
que a nuestra América daba.
Si esclavos hizo aquí, también esclava,
aunque nombre de tal nunca le diera,
hizo a su propia gente la Corona.
Ese mismo español que en vana guerra
provincias gana al Rey: ¿qué es en su tierra
sino un hampón de harapos y tizona?

No iba, bien claro hoy se ve,
contra la España total
aquel impulso inmortal
que puso a América en pie;
ese impulso, hoy perdido, sólo fué
impulso genitor que a lado y lado
del Atlántico enciende con su fuego
a pueblos que superan lo pasado
yendo a lo por venir: así han luchado
Bolívar, San Martín, Hidalgo, Riego...

Hoy, cuando no la Corona
sino el Capital nos daña:
¿quién no ha de ver en España
la que a todos nos pregona,
desde Madrid la heroica, y Barcelona
la que esperanza es hoy de España entera,
y desde Irún, la que antes que rendida
pasto prefiere ser de roja hoguera,
que nunca, nunca, nunca sometida
gente verse podrá que libre muera?

Los Batistas de la Habana,
los Justos de la Argentina:
farándula matachina
que en América se ufana
negándola y vendiéndola: ¿qué mucho
si a otra España ensalzando a España niegan?
¡España, España nuestra, como escucho
a mi América yo, también, en tanto
que yo te hablo, escúchala, y que riegan
por mi América lágrimas mi canto!

¡Dichosa tú, España hermana,
que de siglos en la noche
viste al fin abrirse el broche
de un alba que ya es mañana!
Antes de compasión, tu angustia envidia
debe darle a mi América, a esta triste
América que hoy, no como otrora,
cuando cadenas que hoy en ti rompiste
quiso en ella romper, heroica lidia:
¡que ansia de esclavitud tiene ella ahora!

Pero, oye, España: lo mismo
que cuando en tu nombre hablaban
voces que nunca expresaban
lo que eras tú, negro abismo
media entre los que aquende el oceano
te hablan desde el Gobierno y el hermano
pueblo en que hay negra e india y sangre tuya;
pueblo que corazón y mano a mano
va contigo en el duelo sobrehumano
en que tu causa, España, es causa suya.

La triple impostura antiespañola del fascismo

= De *El Mono Azul*. Madrid =

(Fragmento de la conferencia dada desde la emisora del Partido Comunista en Madrid.)

Con mucha más autoridad que yo, os ha hablado desde este sitio un auténtico sacerdote católico (D. Leocadio Lobo). En sus palabras, estremecidas de la más noble emoción humana, la de la verdad, la de la purísima verdad de un español y de un creyente, hemos encontrado muchos de nosotros, acaso por primera vez desde que la guerra nos envuelve en su fuego y en su sangre, una voz autorizada de la Iglesia que apoya y alienta en lo más íntimo nuestro sentimiento común de españoles y de creyentes; de este sentimiento que late hoy tan unido al pueblo de España, que no podemos ni queremos separarlo de él, como si en él y por él sintiéramos en una sola carne, con una sola alma. Yo entiendo de este modo mi independencia de escritor, mi libertad de creyente cristiano católico; vinculada inseparablemente por la sangre al pueblo que vino padeciendo secularmente por la justicia y que ahora, gloriosamente, lucha dando su vida por su verdad, su libertad, su independencia, que es nuestra verdad y nuestra vida. Que lo entiendan bien todos; la voz del pueblo es la voz de Dios; y lo es de tal modo cuando combate por la justicia, por la verdad, por la libertad, que se hace, como la corriente salvadora de las aguas, voz de trueno. Los que han tenido siempre miedo de la verdad son los que por no verla se tapan los ojos cobardemente o se engañan enturbiándola de mentiras. ¡Y qué turbias mentiras! La turbia mentira de un señoritismo adinerado o empobrecido que en vergonzante ociosidad trataba de amparar su privilegio con tópicos vacíos que torpes traficantes de españolería, falsificadores a sueldo del patriotismo, les ofrecieron como el monopolio exclusivo de la tradición y de la historia. La turbia mentira de un militarismo que utilizaba cobardemente el "chantage" de un grotesco fantasma de fuerza, que solamente pudo hacer efectivo de prestado y a traición, vendiéndose ignominiosamente a los peores enemigos de España. La turbia mentira de una iglesia, cuyos malos pastores, mientras acumulaban y escondían riquezas robadas al pueblo, abandonaban miserablemente al cura pobre, a ese proletariado de los campos y la ciudad que por cumplimiento humilde de su ministerio no tenía otra opción que la aceptación resignada o el servilismo a la tiranía de unos intereses que le obligaban a ello para salvar su propia vida; le obligaban a prestarse a ese vil empeño de enmascarar una política en sus hábitos deshonrados por ella.

Estas tres mentiras turbias reunidas han sido la gran impostura totalizadora del fascismo español. Pero el pueblo español, los pueblos de España, quisieron siempre la verdad claramente. Nuestras artes, nuestras letras, nuestra poesía, todas las formas vivas de nuestro pensamiento, todas las creaciones, las actividades intelectuales que han enriquecido en la Historia a todos los hombres, a todos los pueblos, están hechas de verdades claras que sus inventores españoles aprendieron del pueblo, vivieron en él, y por él las realizaron. Los nombres de Cervantes, Santa Teresa, Lope, Quevedo, Fray Luis, Calderón, Velásquez, Zurbarán, el Greco, Goya.., bastan para evocar la resonancia popular de la clara verdad española en todas las creaciones inmortales de su pensamiento. La verdad más clara de España, más que nunca clara, evidente en la sangre y el fuego que nos envuelve, es ésta: que de un lado está el pueblo español, todo el pueblo español, todos los pueblos de nuestro suelo; con conciencia de serlo; con su tradición y su historia; con su pasado y su porvenir, más que nunca abierto y luminoso; con las verdades claras de su vida y de su esperanza. Mientras que al otro lado hay un puñado o amasijo informe de traidores desesperados que tuvieron que recurrir a lo extraño, extranjero, bárbaro, para combatirlo, provocando desesperadamente esta guerra, para ellos suicida, con la que han querido también suicidar a España. A un lado, el orden multiforme de la vida; a otro, el desorden uniformado de la muerte, la triple impostura antiespañola del fascismo.

José BERGAMIN

De mi ciudad

Por ADILIO GUTIERREZ

= *Envío del autor.* Heredia, Costa Rica, Noviembre de 1936 =

LA CIUDAD

A unos diez kilómetros de la capital se encuentra la ciudad de Heredia. Es una ciudad pequeña, sencilla, con su grupo de casitas blancas muy apiñadas como para librarse de no sé qué extraño peligro; con sus calles dulzonas y buenas que llevan a todas partes; con sus plazas y parques como gajos de alegría íntima en su paz aldeana. Las noches y los días se suceden tranquilamente, con esa modorra que producen las ciudades demasiado tranquilas. Los habitantes de esta ciudad son sencillos, alegres y trabajadores. Su modesta vida alterna entre el trabajo y el descanso. Pero viven alegres, alegres de su ciudad, de sus mujeres, de su vida misma.

Nos echamos a andar por esas calles de Dios. Nos dirigimos hacia el Norte. Hay que ascender. Nos fatigamos. Pero gusta ir por estas aceras mal construidas, entre un abigarramiento de ruidos, de colores.

La ciudad se recorre muy ligero. Es tan pequeñita, tan suave y delicada. ¡Qué bello rincón para un poeta!

—

El ambiente, a lo largo, pesa. Hay incomprensión para todo lo que no sea un menester del vivir diario. Mucha frivolidad, mucha superficialidad, mucha pedantería. La juventud se pasa; no se vive; no se aprovecha.

El que se siente con ese fuego interno por las cosas grandes y nobles y se lanza por esos caminos, está perdido, nadie lo alienta, nadie lo aconseja. Aquí todo se ve pasar, con una sonrisa burlona en los labios, con un gesto de desprecio.

EL HOMBRE

En una de estas casitas, limpia y coqueta como un lirio mañanero, vive un hombre con su señora y sus hijos. Al igual que en todas las casas.

Pero este hombre es profesor, escritor y poeta. Mucha gente de letras ha dado esta ciudad.

Cuando vamos a buscar a este hombre preguntamos por *Carlos Luis Sáenz*. Al punto aparece un hombre alto, delgado, de porte caballeresco. Siempre que lo he visto me parece un varón salido de un cuadro medioeval. Hay en sus ojos una expresión, mezcla de ternura y de voluntad recia: Grandeza. Este hombre se vive estudiando, estudiando siempre, a pesar de ser uno de los más cultos hombres del país.

Se deslizan las horas. Sus palabras, en el encantamiento de su magia interior, nos ganan por entero. Desde el primer día de conocerlo, se solidifica la amistad. Es una gran figura este hombre de mi ciudad.

EL PROFESOR

Fué nuestro profesor en las aulas de la Escuela Normal. Sus lecciones nos dejaron siempre un gran interés por las cosas tratadas: una inquietud que no se saciaba hasta no haber dado con la fuente que la saciara. Rompió los moldes de los antiguos profesores que sólo daban fechas y citas, y qué sé yo cuántas cosas más: aburridas, sin interés ninguno; lo que hacía tomarle repugnancia a la asignatura. Hay algo en cada estudiante que hay que tocar, ese algo interior hay que buscarlo. Eso fué lo que hizo este admirable profesor. Profesor de materias educacionales; de castellano y literatura; pero sobre todo profesor de fe, de constancia, de voluntad. Profesor ameno, a todas horas, todos los días, en todas las cosas.

EL ESCRITOR Y POETA

Nuestra ciudad ha tenido buenos escritores. Algunos han dedicado páginas preciosas, llenas de un lirismo especial, a nuestras tierras, a nuestras derruidas iglesias. Mas ninguno ha escrito con tanta sinceridad y en un estilo tan recio como este. Alguna vez su pluma recuerda las mocedades de un árbol que ahora se arranca, rompiendo con ello la armonía del paisaje; otras su pluma es un grito de angustia por estas gentes que pasan con la miseria a sus espaldas.

Mas en donde encontramos el acento más fino, verdaderamente delicado es en sus versos. Cada uno de ellos es un poema de corazón, escrito en la conciencia de su función social. Cada poema es una estrella que engarza en las dulzuras de su vida noble y sencilla.

Hay en sus primeros versos publicados en REPERTORIO allá por el año veinte, un acento terriblemente místico. Es el verdadero acento suyo, que no ha logrado perder. No conozco bien su idea religiosa. Pero sí es un gran religioso. No esa religión mezcla de cristianismo y paganismo, cantado por muchos poetas, no. Es la religión pura, tal como la siente, y como la vive. Su poesía se ha inclinado por nuevos derroteros. Es que el poeta ha comprendido la nueva función social de la poesía, la necesidad de poner el pensamiento y el arte al servicio de la colectividad.

Poeta de corazón es éste. Gran poeta de verdad.

Y...

Ahora este hombre, gran corazón y gran pensamiento, vive, ya sin cátedra de profesor en colegio alguno, en su modesta casita, tranquilo, en paz. Allí su pensamiento va floreciendo cada día más puro, más sereno.

Noticia de libros

= De *Revista Hispánica Moderna*. Nueva York, Año II, Num. 3 =

Roberto Brenes Mesén *En busca del Grial*. Madrid, Editorial Hernando, 1935, 231 págs.

Antología es este volumen de poesías que ha entresacado el autor de sus cinco libros de versos ya impresos, y de unos poemas, hasta ahora no publicados, que marcan etapa nueva en el desenvolvimiento del arte del poeta costarriqueño. Esta etapa nueva, que acaba de alcanzar Brenes Mesén después de largos años de busca meditada y de lucha interior, se revela en el título de la colección y en el que el poeta da a los últimos poemas del libro "Divina Humanidad". Poeta extremadamente sensitivo y religioso, amante sincero de la naturaleza y de la humanidad, ha venido buscando lo divino y lo eterno en todo lo que se suele llamar vida terrenal. En ese viaje espiritual hubo momentos negros cuando el poeta se refugiaba en el mundo creado por los grandes del pasado, con los dioses de la mitología universal, momentos en que buscaba el olvido en una poesía pura que negaba todo contacto con la realidad cotidiana. Pero siguió "en busca del Grial", y últimamente, como recompensa de haber amado tanto, comprende a los humanos todos y en todos ve la marca inconfundible del mismo Dios que para él "va trazando.... una ruta". Paz, serenidad, un amor inagotable, cualidades que le hermanan al místico Amado Nervo; pero existe esta gran diferencia en la actitud de los dos: el "fraile del arte" esperaba y se callaba, mientras que Brenes Mesén pide a Venus Urania que le encienda "la senda en que adorantes mis pasos van tras tu claror serena más allá de las sombras de la tarde". Su esperanza es vital, no inerte; flamea "como una tarde encendida en el hierro de una lanza". Leyendo los poemas de esta nueva época, bien se ve por qué el poeta admira tanto a esos dos grandes poetas del Nuevo Mundo— Martí y Whitman, espíritus fraternos que también querían profundamente a todos como hermanos—. En técnica es Brenes Mesén de los post-modernistas; el suyo es un arte que busca la expresión sintética, moderna y clásica a la vez. Se nota su filiación con poetas como Herrera y Reissig en su poema "Madrugada de diciembre", en que el verso "La madrugada, que salió del baño, huye corriendo por el campo", le recuerda a uno "El despertar" del poeta loco de Montevideo cuando canta, "La inocencia del día se lava en la fontana". Estas mismas imágenes embellecen "Perséfona", poemas en que se juntan lo eterno del pasado en tema con la moderna técnica refinada y sugestiva. Muy bellas son "Trigueña", elegía a su hija muerta, y "Sueño de Cádiz", poesía en que expresa la esperanza de una recíproca aproximación hispánica.— JOHN E. ENGLEKIRK. *University of New México.*

Pablo Neruda o aquel que se cansó de ser hombre

Por ARTURO CAPDEVILA

= Del excelente mensuario *Nosotros*. Buenos Aires, R. A., octubre de 1936 =

Las tierras de la vida se acababan allí. Después venían los islotes de los últimos sueños posibles, y más allá no había sino el mundo de la muerte. O peor aún: su zona intermedia. Poetas de un sigiloso discurrir andaban por ahí sin acabar de resolverse a la gran aventura, a lo único que no se había hecho aún, a lanzarse más allá de todas las tierras de la vida. Mas de una u otra manera y sucediera lo que sucediese había que despedirse de la postrera orgía de luces, de colores, de perfumes, de voces, de gritos, y entenderse de una vez con la noche. Y no seguramente con la sana noche estrellada, borrada para siempre hasta de la memoria, sino con una dolorida noche verdaderamente enferma; ciega y cruel y tal vez borracha. Los poetas se miraban y no se atrevían. ¡Era tan negro aquello, tan terriblemente negro y fatal! Con todo, con eso y más, pronto hubo quienes se dispusieron al nunca sabido riesgo; pronto hubo quienes se arrojasen al mar, vida afuera.

— o —

Pero uno acaso se echó más lejos que nadie: Pablo Neruda, el chileno. El, que estuvo a los 22 años en el Oriente y oyó la vieja y siempre mal traducida voz del Océano Indico, se atrevió más que nadie. Y no tan sólo se echó al mar tenebroso sino que antes, según es fácil averiguar, habíase aventurado a caminar por las minas de lo subconsciente, por las profundas galerías de lo no sabido. Y en su libro esencial —*Residencia en la Tierra*— consta por entero su caso, en cuanto a lo uno y a lo otro.

Abramos la obra y se verá que esto es así. Ya está abierto el libro. Su primer poema se llama *Galope muerto*.

Bien. ¿Y qué especie de paisaje es el que se descubre? Pues éste:

Como cenizas, como mares poblándose
en la sumergida lentitud, en lo informe...

Y viene luego el preguntarse de dónde, por dónde, en qué orilla. Y el suspiro:

¡Ay! Lo que mi corazón pálido no puede abarcar...

Ha suspirado y habla ahora, ahora que está por lanzarse a lo increíble, unas vaguedades como de enigma. Son neblinas del pensamiento. (Sólo esto pueden ser en este mundo. En el otro, quién sabe no serían verdad y sustancia segura). Y le llama *Sonata* a su canto. Y dice enigmáticamente:

De miradas polvorientas caídas en el suelo
o de hojas sin sonido y sepultándose;
de metales sin luz, con el vacío,
con la ausencia del día muerto de golpe.
En lo alto de las manos el deslumbrar de mariposas,
el arrancar de mariposas cuya luz no tiene término.

Entretanto, hay también una mujer. ¿Qué mujer es ésta?

Tú guardabas la estela de luz, de seres rotos
que el sol abandonado, atardeciendo, arroja a las iglesias.

¿Qué mujer es ésta? ¿De dónde viene? ¿Para qué llega o está?

Tu material de inesperada llama huyendo
precede y sigue al día y a su familia de oro.

Conviene, sin embargo, que no nos demoremos en estos misterios menores. Peligros mucho más interesantes debemos considerar, pues no habrá riesgo a que no se atreva el poeta que oyó las voces incalculablemente viejas del mar Indico. Hizo al rumor de sus aguas el aprendizaje debido y estudió su previa geografía. Por eso sabe ya que "hay un país extenso en el cielo—con las supersticiosas alfombras del arco iris—y con vegetaciones vesperales" Que sean o que no sean sueños, otro es su camino.

Pablo Neruda

Por Fantasio

Y emprende el viaje. Ya anda "pisando una tierra removida de sepulcros un tanto frescos" y sueña "entre estas plantas de legumbre confusa". Ha montado en un caballo rojo y atraviesa con él sobre las iglesias. Se vuelve a los hombres y acusa:

Un ejército impuro me persigue.

Tenemos otras noticias de él y de sus distancias; como radiogramas suyos, recibidos a medianoche, por mano de un mensajero que podría ser un bandido falsificador de radiogramas. Sin embargo, no. Ninguno es apócrifo. Las noticias son fieles hasta lo postrimero de la tristeza: "Yo lloro en medio de lo invadido"... Otra: "Sueño sobrellevando mis vestigios morales". Otra más: "Estoy solo entre materias desvencijadas; la lluvia cae sobre mí y se me parece..."

Si todavía alcanza a oirnos, tendámosle un mensaje sobre el océano. Pidámosle más y más datos.

Responde; responde que "hay algo denso, unido, sentado en el fondo —repitiendo su número, su señal idéntica". Después "le rodea una misma cosa, un solo movimiento". No creemos que los días que encuentre sirvan para nada saludable porque ya dijo antes:

El tejido del día, su lienzo débil
sirve para una venda de enfermos,
sirve para hacer señas
en una despedida detrás de la ausencia.

—¿La geografía?
—Silenciosa.
—¿Y la tierra?

—La espesa rueda de la tierra
su llanta húmeda de olvido
hace rodar.

De nuevo noticias: "He vencido el ángel del sueño". Después hay puertos. Se adivina que son puertos atávicos, vueltos hacia lo ancestral, en cuyos muelles el viajero hunde la mirada en el mar que dejó atrás coco quien buscara en la más retirada lontananza la tierra firme de la vida siquiera fuese en una línea que se desvanece en lo azul. Es ya inútil mirar hacia atrás, viajero. La aventura es más fuerte que todo y te lleva consigo, aunque rujas no una sino cien veces el rugido que te sofoca:

¡Oh noche! Mi alma sobrecogida te pregunta
desesperadamente por el metal que necesita.

¿Ha llegado? Creemos fundadamente que sí. Ya sabemos que fué vencido el "ángel del sueño, el funesto alegórico". Este ángel se puso a equipar de pronto su sustancia y a propagar tenazmente su alimento profético. Así está dicho por el poeta, palabra sobre palabra. Por lo demás, dijo también:

Cadáveres dormidos que a menudo
danzan asidos al peso de mi corazón,
¡qué ciudades opacas recorremos!

Y esto más sabemos: "La medianoche ha llegado, y un gong de muerte golpea en torno como el mar" Entre unas paredes color de cocodrilo, el aire es criminal. "Se pisa en lo blando como sobre un monstruo muerto" Extraño buque aquél en que el viajero llegada la hora de la cena habla así al capitán de la nave:

¡Oh Capitán! En nuestra hora de reparto
abre los mudos cerrojos y espérame:
Allí debemos cenar vestidos de luto:
El enfermo de malaria guardará las puertas.

El día, a todo esto, se ha vuelto "como un pobre mantel puesto a secar".

A las cansadas —dirémoslo así—, cuando ya no lo esperábamos, radiograma espectral, como del explorador en el polo. Leemos lo que más importa. Hélo aquí:

Después de mucho, después de vagas leguas,
confuso de dominios, incierto de territorios,
acompañado de pobres esperanzas
y compañías infieles, y desconfiados sueños...
Detenido entre sombras que crecen y que tiemblan,
me siento ser, y mi brazo de piedra me defiende.

Bueno. Ha llegado. *Entierro en el Este* es el mensaje que lo anuncia, transido. Llegó y hasta se instaló. ¿Cómo vive? ¿Qué hace? El trabaja de noche "rodeado de ciudad —de pescadores, de alfareros, de difuntos quemados— con azafrán y frutas, envueltos en muselina escarlata". ¡Y qué! ¿No tendrá derecho, por ventura, a darnos su testimonio, porque nosotros ignoremos cómo es aquello? Nos lo da:

Bajo mi balcón esos muertos terribles
pasan sonando cadenas y flautas de cobre.

Parece ahora —nada se puede asegurar formalmente— que el viajero trágico halló otra vez en el malecón de nadie sabe qué puerto aquel mismo buque, u otro gemelo, en que el enfermo de malaria guardaba las puertas. Pero decir un buque, propiamente, sería demasiado. De lo que habla Pablo Neruda es

(Sigue en la pág. 349)

Del homenaje salvadoreño a A. Ambrogi

Amigo don Joaquín:

Ha muerto Arturo Ambrogi, el admirado autor de El Libro del Trópico, El Jetón, *y otras obras bellas.*

Hasta el último momento mantuvo la mente activa y la pluma en la mano, como un abanderado de las letras.

Con su muerte pierde El Salvador a uno de sus mejores escritores.

A propósito de este triste acontecimiento le envío un artículo de Salarrué y otro de Alberto Guerra Trigueros, lo mismo que uno mío que escribí cuando salió El Jetón, *rogándole darles un rinconcito en su* Repertorio.

Lo saluda afectuosamente,

Claudia Lars



Arturo Ambrogi

Mala hierba

(En la muerte de Arturo Ambrogi)

Encontré al admirado escritor cuscatleco en la calle diagonal de un parque citadino.

Yo había llegado dos días antes de las tierras grises del Norte, huyendo de la ausencia en la que logré sostenerme tres años gracias al espejo mágico de *El Libro del Trópico.*

Venía don Arturo andando de prisa, atolondradamente, como era su costumbre; de prisa, en una prisa sin sentido, una prisa como para llegar a tiempo a la hora de la muerte... Parecía querer acabar de una vez con la murria del vivir.

Era Arturo Ambrogi una cigarra disfrazada de hormiga. Por eso cada vez que encontraba a un amigo no se conformaba con saludarle al pasar. Se detenía frente a él para darle la noticia del momento, que siempre terminaba con esta afirmación: *el mundo es una porquería y los hombres unos imbéciles.*

Esta noticia le daba alientos para ir tirando... Vivía para trasmitirla; se entusiasmaba con ella hasta el delirio. La comunicaba enfáticamente, inclinado a ratos hacia su interlocutor, echando atrás el cuerpo, cambiando de puesto a cada segundo, como si la pasividad del planeta le quemara las plantas de los pies. Le ponía a uno la mano abierta sobre el pecho para reforzar una palabra. ¡Tenía tal desprecio de la existencia que se entusiasmaba con ella! Quizás temió a la muerte por eso... Si él faltaba, sus amigos, sus tontos amigos a quienes tanto quería, se iban a creer de todo y de todos.

—*¡Que se amolaran por babosos!*

Sus brazos, de manga con manos de palo, apartaban en giro despectivo invisibles cortinas de fatalidad, y se alejaba siempre a prisa, caminando como si le pesara la cabeza, quizás por llevar en ella el carrete de alambre espigado de sus credos.

Su risa era la risa clínica del hombre a quien le extraen una bala superficial sin anestesia. Caminaba y se reía así, para él mismo. Por momentos se cogía con los antebrazos el estómago, allí donde llevaba el feto de la muerte, y se movía en gesto de asegurarse los pantalones escurridizos.

Aquel día me abrazó cordial. Le dije que había sufrido mucho con la noticia de su gravedad en Frisco.

—*Mi amigo, me dijo, la mala hierba nunca muere.*

Cierto. Por eso Ambrogi no puede morir.

Aquí y allá brotará entre las piedras del yermo, refrescando con su verdor la áridez del alma cuscatleca.

En medio del rastrojo caliente brotará con las primeras lluvias de cada año su espada de frescura. El arado del tiempo no logrará suprimirle y ha de burlarse de la quema del olvido. La bobina placidez del hombre istmeño tendrá, de cuando en cuando, bocados deleitosos de monte aromático.

. . . .

Ambrogi ha sido el cactus, la planta genuina del desierto, erizada de espinas, que no sabe cómo, ni cuándo, ni por qué le brota la flor.

. . . .

Ambrogi se pinta él mismo en *El Jardincito del Jefe de Estación.*

En esta estación de bandera de Cuscatlán, a la vera del camino de hierro de la civilización, entre el acre olor de alquitranes y aceites, él plantó su jardincito de gracia, y lo regó con amor en las horas plácidas del descanso.

. . . .

Ambrogi se erigió en medio de la siembra del materialismo como un espantapájaros. Los pájaros le hicieron nido debajo del sombrero, y en las bolsas del pecho. El hizo como que los espantaba y se dejó querer...

Salarrué

A propósito de "El Jetón"

Arturo Ambrogi (*don Arturo* como le llamamos entre los jóvenes) nos regala ahora, después de muchos años de silencio, un magnífico libro de cuentos regionales que añade un nuevo triunfo a su colección de obras bellas.

Es *El Jetón* un libro del mediodía aunque su autor haya pasado hace diez años los cincuenta. Encierra el paisaje cuscatleco, captado con ojo experto, bajo el sol alto y sin nubes, en esa hora clara y fulgente en que cada cosa se muestra tal cual es, libre al fin, de luces falsas, o de neblinas.

Esa visión precisa ha sido trasladada al papel con mano segura y atrevida, que sabe expresar en palabras exactas la vida oscura y miserable de nuestros campesinos.

Sus leyendas, sus costumbres pintorescas, sus tristezas atávicas que les doblan los hombros como el yugo al buey, sus alegrías fugaces que el alcohol enciende, sus pasiones violentas, sus romances sencillos, su trabajo de bestias, su pobreza eterna y su resignación callada ante todo lo inevitable, se van desarrollando en escenas reales que se mueven con caracteres vivos y conocidos por cada uno de nosotros, sobre un escenario fragante y húmedo, cálido y polvoriento, trágico y mudo como la tierra misma.

A. Ambrogi nos revela en este libro esa oculta personalidad que yo he venido descubriendo en él desde hace algún tiempo.

Es, como si debajo de su esceptismo espeso y burlón, que ni a sí mismo se perdona, escondiera, quizás avergonzado de esa debilidad tan íntima, una fina sensibilidad de poeta genuino.

Quienes conocen de cerca a *don Arturo* van a reírse de lo que ahora digo. Yo sostengo esta afirmación, que me parece tan absurda, y les pregunto:

¿Quién si no un poeta puede contarnos con emoción cabal la humildad miedosa y dulce de la *Nanita Jacinta,* esa viejecita añiñada y con cara de bruja, a quien el mal pensamiento de los hombres obliga a arrastrarse como una sombra errante, de camino en camino, de potrero en potrero y de rancho en rancho?

¿Puede un hombre que no sea poeta describir con acierto el cariño tímido y manso del pobre *Bruno,* el desdeñado novio de la *Ursula,* y la angustia muda de la *Pancha María* frente a las paredes heladas del cuartel? Ese cuartel que una vez le robó a *Jesú,* su *maridu,* y que cualquier día ha de arrebatarle a *Pegritu,* el *Panchito,* para que vista el uniforme flojo o estrecho y el kepí *surdido* hasta las orejas de los soldados rasos, dejándola abatida bajo el peso de algo tremendo que su informe alma de india apenas explica en estas palabras resignadas:—*Que le vamos hacer, pue... Es el tuerce, Señor.*

Y poesía real, a lo que Eustasio Rivera, llena cada renglón del cuento que se llama: *Cuando Brama la Barra* a mi juicio quizás lo mejor de este libro, que viene a ser uno de los primeros, no sólo en la literatura salvadoreña y centroamericana, sino también en la nueva literatura de América.

¡Extraña dualidad la de este *don Arturo!...*

Amigo de Darío y de otros famosos escritores de la generación pasada; entusiasta compañero de la muchachada intelectual que llenaba, hace 30 años, los cafés de Santiago de Chile y Buenos Aires; viajero curioso y sensitivo por Europa y los legendarios países del Oriente; jamás pudo arrancar de su memoria el recuerdo de la tierruca nativa, a la que se sentía amarrado con nudo de apego fatal.

Y volvió a este rincón del mundo, despreciando un ambiente más propicio, a doblarse de aburrimiento, a criticarlo todo, a pelear a cada instante y a emponzoñarse de bilis, porque en el fondo de su corazón (aunque él afirma que esta víscera sólo sirve, como una máquina cualquiera, para mover la sangre) late fuerte y vibrante (pese a su inconformidad) al amor a esta tierra bárba-

ra: un amor amargado, altivo y terco, que al hablar la insulta y al escribir la canta.

Cuando yo entré en la redacción de *Diario Nuevo*, donde Arturo Ambrogi trabaja con más empeño que los jóvenes, me le acerqué vacilando...

Sabía que era irascible y que no creía en las mujeres. ¡Mucho menos en la mujer artista!

Nos observamos los dos, con desconfianza.

A mí me chocó su franqueza extremada, su sátira cruel, su palabra sin misericordia, aunque me interesó, inmediatamete, su talento.

A él le sorprendió mi ensueño de alas abiertas, mi entusiasmo y mi fe absoluta en la verdad y en la belleza de la vida.

Se reía de mí, con risa burlona; pero yo adivinaba que en el fondo le conmovía mi sinceridad.

Peleamos muchas veces. Cada cual quería imponer al otro su punto de vista... A menudo todo el personal del *Diario* asistía a presenciar la discusión que se tornaba demasiado violenta.

Al final de cada pleito nos entendíamos mejor, y poco a poco, después de mutuos esfuerzos, hemos llegado a construir una cordial y noble amistad.

Refiriéndome a él recuerdo el cuento del dragón terrible que un buen día se volvió el solícito guardián de la princesa.

Eso ha sido Arturo Ambrogi para Claudia Lars y Claudia Lars ya no le teme.

Una vez descubrí que aquellas fauces lóbregas, aquellas uñas afiladas y aquel aspecto feroz, eran tan sólo un disfraz de engaña bobos...

¡Y ahora que ruja, si quiere!

Claudia Lars

Un sembrador se ha ido

...Se ha ido Ambrogi. En su muerte, como en su vida —en el hondo fracaso de su vida y de su muerte—, podemos ahora vernos como en un espejo todos los artistas y escritores de El Salvador. Y por eso, tal vez, nos duele tanto. Porque es un hecho: nos duele en lo más hondo.

¡Pobre, bilioso, nervioso Arturo Ambrogi! Simpático, a pesar de todo: y quizá por todo ello mismo. Bueno también, en el fondo: bien tengo derecho a decirlo yo, con quien nunca simpatizó él gran cosa. Bueno, sí. Con una bondad humana. Profunda. Atrabiliaria. A base de mal humor. Una bondad de picardía, pueril, involuntaria. Jugando siempre a *escondelero* consigo misma: bondad de niño disfrazada de *gangster*. Una bondad que se ignoraba, que quisiera ignorarse a sí misma, sin conseguirlo jamás completamente.

Porque, eso sí: él creía "conocer la vida". El creía estarle "tomando el pelo" a la vida. El creía "venir ya de vuelta" de la vida. Y no había tal: la vida le conocía a él, mejor que él a sí mismo. A él le estaba la vida tomando el pelo. Y era la vida la que, por medio de él, y a través de él, y a pesar de él, venía de vuelta. Pero él iba... Aunque no lo supiese. Iba siempre "de ida". Dando. Derrochando. Y no volvía nunca.

Y esto es, en el fondo, lo que a todos nos pasa en El Salvador.

Todos, aquí, todos como Ambrogi, vamos "de ida". Vamos de paso. Vamos dando, derrochando, despilfarrando vida. Ideas. Sentimientos. Palabras... Esto último sobre todo: como Hamlet. Todos, como Ambrogi, como Juan el Bautista, estamos aquí clamando en el desierto. Dando alaridos en el desierto. Desgañitándonos en el desierto. Porque para eso es el desierto: para desgañitarse en él. Para irlo poblando, poco a poco, de gritos, de lamentos, de ecos, de fantasmas. Porque, ¿para qué es el hombre, sino para engendrar fantasmas? ¿Para qué, sino para engendrarse a sí mismo en su propio reflejo? ¿Para qué, sino para repercutir y reflejarse, indefinidamente, en el espejismo del desierto?

Todos aquí también, como el pobre Ambrogi, vamos sembrando en el yermo. Porque es necesario que haya siempre tierra —tierra desierta— para el que es de veras sembrador. Porque sólo en el desierto se siembra de veras. Sin reservarse, para sí, coto alguno cercado de esperanzas. Y ello es necesario, para que el desierto deje de serlo algún día. Para que florezca algún día el desierto, y nosotros con él. En él. Porque más que él, lo necesitamos nosotros. Nosotros mismos, nuestro desierto interior, nuestro íntimo y árido desierto, que sólo podrá florecer algún día —y en el fondo lo sabemos todos— cuando florezca el desierto de los otros.

Y todos, por último, —¡pobre, nervioso, bilioso Arturo Ambrogi!— todos aquí, como tú, arrojamos "margaritas" a los cerdos. Perlas, maravillosas perlas, fabulosas "margaritas" de la madreperla interior. Glóbulos de iris para quien los recoge; pero para la ostra-madre, sólo excrecencias enfermas, concreciones de dolor y sufrimiento: y acaso, para el hombre, meros cálculos biliares.... Y es que en el fondo, muy allá en el fondo, todos sabemos que para eso son las margaritas: no para perderse vanamente, sino para alimentar a los cerdos. Es más: sabemos que a los cerdos debe alimentárseles exclusivamente de margaritas. No para que engorden, no, sino el revés: para que enflaquezcan. Para que salgan algún día de su triste condición porcina: más triste, porque ignoran ellos mismos su tristeza.

....Y está bien así. Está bien —¡tiene que estarlo!— que haya siempre quien dé, quien derroche y despilfarre, para que haya quien reciba. Bien está que haya simiente y haya riego siempre, para la tierra árida. Bien está que haya siempre "ricos" y "pobres, para que haya quien dé y quien reciba: que nadie da lo que no tiene, y sólo el "rico" puede "dar". Con las tres etapas del dar: *dar* primero, *darse* luego, *identificarse* por fin. Para que haya siempre, entre hombre y hombre, esa honda solidaridad humana, extrahumana, sobrehumana, del dar y el recibir. Del amor espontáneo, de la espontánea gratitud. De la *com-pasión*, más bien, que no en vano significa "padecimiento en común".

Ah, pobre y triste Arturo Ambrogi. ¿Quién eres tú, en el fondo? ¿Un escritor, un artista bohemio, con todas las cualidades y los defectos de un artista, y de un artista de tu generación?... Tú, menos que nadie, podías saberlo. Todo eso tiene ahora poca importancia. Porque tú eras algo más que todo eso. Tú eras uno de nosotros. Uno más. Tú eras un Hombre. Un hombre que nació y vivió y murió sobre la tierra. Como todos nosotros. Y, como todos nosotros, precisamente en esta tierra de Cuscatlán. Aquí, donde nada se ha hecho todavía. Donde todo está por hacerse. Donde todo lo que se haga, si es que algún día llega a hacerse, lo hemos de hacer nosotros. Todos nosotros. Y esto es, tal vez, lo que nos consuela. Lo único...

Porque todo aquí lo han hecho, lo hacen, y lo han de hacer siempre hombres como tú. Hombres que, habiendo podido vivir y fructificar y cosechar en otras tierras fértiles, han preferido —como tú y no como otros desertores egoístas— clamar hasta la muerte, clamar y sembrar en este yermo de tu Cuscatlán. Sembrar, sí. Sembrar siempre. A puñados. En el viento. Hacia el más lejano horizonte. Hacia la tierra toda, árida y triste bajo el cielo implacable, bajo el implacable azul. Hasta que llega la Noche, y en ella ven esos hombres florecer por fin, a puñados, su propia simiente convertida en estrellas.

Pobre y grande Arturo Ambrogi. Sea tu vida, sea tu muerte, para todos nosotros, una enseñanza y un símbolo. Símbolo y enseñanza que tú mismo acaso no comprendiste, cuando amargado renegabas de tu tierra. De tu tierra ingrata. De tu tierra yerma. De tu tierra triste. Enigma el tuyo, además, que tú menos que nadie podías comprender. Menos que nadie. Porque sólo para otros, pájaros y hombres, sólo para otros y no para sí, va madurando el dulce mango tropical. El mango dorado del trópico que cantaste, Arturo Ambrogi. Para otros... Para él, sólo le queda el hueso. La semilla, hilachosa, y amarga. Destinada a la tierra. ¡Pero semilla al fin, Arturo Ambrogi!

Semilla, germen y promesa de resurrección.

Semilla en la que va incluso, misterioso y eterno, para germinar de la misma oscura

tierra de la muerte, el claro, el luminoso, el perenne milagro de la Vida.

A. Guerra Trigueros

Arturo Ambrogi

= *Envío del autor*. San Salvador, novbre. de 1936 =

Entre los literatos cuyos nombres oímos siempre en boca de Rubén Darío, cuando se trataba de citar a los verdaderos representativos de las cinco repúblicas centroamericanas, figura el de Arturo Ambrogi, autor del *Primer Libro del Trópico*.

Cinocímosle aquí en el año de 1918. Y cuando al siguiente publicamos nuestro libro de prosas rítmicas *Anima Profusa*, él, que siempre fué tan parco en el elogio, escribió un pequeño juicio que era un verdadero camafeo. Después, nos pidió varios ejemplares para la Biblioteca Nacional, de que era director, deseando, sin dura, que quedara constancia en aquellos sabios anaqueles, de nuestro esfuerzo juvenil.

Durante nuestra segunda estada en San Salvador—que dura todavía—Ambrogi nos visitaba en el local de "El Tiempo", a don de nos llevaba casi siempre, en persona, un artículo suyo, inédito, para la página literaria sabatina del diario católico.

Cuando los investigadores y críticos futuros traten de recoger la obra dispersa de Arturo Ambrogi, habrá que espulgar la colección de esa publicación humilde, en cuyas columnas dejó el literato salvadoreño, algo que conceptuamos como lo mejor de toda su obra.

La característica principal de Ambrogi como escritor es, sin duda, la fidelidad y minucia en la descripción. El, como Proust, escudriña con sus ojillos inquietos y perspicaces hasta el fondo de sus personajes. Era como el novelista francés citado, "un verdadero lector del pensamiento".

La literatura española se enriqueció con él, al aportar al viejo acervo de la lengua un elemento nuevo: el interés por lo infinitamente pequeño, que es una especialidad de la prosa francesa de todos los tiempos. Es mucho lo que dicen a los sentidos y al alma del lector, dentro de un cuadro, el gorgeo del zenzontle insomne; el leve frufrú de una mariposa policromada; el susurro del viento sobre los grises morriones de los cañaverales.

Ambrogi es, sin disputa, el representante más autorizado de la literatura costumbrista salvadoreña: superior en mucho a Salarrué, porque éste —como se lo oímos decir acertadamente al doctor Cáceres Buitrago— posee un estilo poco castigado y comete el error de introducir en las descripciones palabras de habla popular que no tienen nada qué hacer allí. Porque si de lo que se trata es de captar la suave y abundosa parla de nuestros campesinos, ésta que es un elemento de veracidad, debe ceñirse únicamente a los diálogos.

Arturo Ambrogi poseía un carácter difícil: era intolerante, cultivaba exquisitamente —como si fueran orquídeas—algunos odios literarios y acostumbraba una franqueza desconcertante. Esto último le restó muchos amigos.

Viajó por Europa, al extremo Oriente y la América del Sur. En el Japón, tuvo oportunidad de conocer muy de cerca a uno de los grandes sabios del mundo: el Doctor Ideyo Nogushi, que lo recibió en su propio laboratorio, que los nipones miraban con tanta veneración como la más sagrada de las pagodas.

"El pueblo japonés—nos decía una ocasión—admira a su élite intelectual. He visto en Tokio, multitudes enormes aguardando que Nogushi abriera una de sus ventanas para homenajearlo".

En una de las tantas veces que fué Censor de la Prensa nuestro amigo inolvidable, tuvimos un encuentro con él, que estuvo a punto de romper para siempre la amistad que nos unía. La culpa fué de nuestra juventud vehemente e irreflexiva. Sin embargo, nos perdonó las palabras duras salidas de nuestra boca, y al día siguiente, todo estaba olvidado.

Durante los últimos tiempos, sólo visitaba la casa de doña María de Baratta. En el ambiente de arte que rodea a la exquisita dama, encontraba Arturo algo así como un oasis reconfortable. Estimuló a la gran pianista y compositora a proseguir sus estudios sobre el folklore musical salvadoreño, que nos han dado ya obras tan perfectas y estructurales, como *Nahualismo*.

Ambrogi no conoció nunca la envidia: ¿a quién podía envidiar en el Salvador? Por eso, alentaba y aconsejaba a los escritores jóvenes que a él recurrían. Hombre de una vasta cultura cosmopolita. Sus consejos resultaban siempre acertados y sabios.

Mario Santa Cruz

Una lección ejemplar

= Editorial de *Diario de Hoy*. San Salvador =

De la amena crónica con que nos favoreciera nuestro colaborador Barba Salinas, sobre la muerte de Ambrogi, tomamos hoy para comentario, una face de la vida del escritor que no debe dejar de verse detenidamente, fijamente, hasta penetrar su significación constructiva.

Expone Barba Salinas que Ambrogi era —y esto sus amigos lo sabían— un profundo escéptico. Su esceptisismo trascendía a muchos ismos más. Pesimista, fatalista, determinista, hasta obstruccionista a las veces. Ese malestar hondo de su vida se le salía en frases lapidarias y tremendas, en actitudes desconsoladoras, en críticas candentes. Cierta vez lo vieron en un círculo de amigos en el paraninfo de la Universidad Nacional, frente a frente del retrato de uno de los pro-hombres salvadoreños. Algo se hablaba al respecto, cuando Ambrogi agregó con una flema británica:—"Pues este salvaje..." Y todos se volvieron las caras. Otra vez, a propósito de que se le quería hacer doctor honoris-causa en la Universidad, comentó tranquilamente el hecho:—"¿Qué falta me hace entrar a ese vejestorio? Y así se pasó la vida, lleno de bilis, de decepción pero, —y esto es lo hermoso— lleno de voluntad para crear su arte.

Porque el esceptismo es, entre nosotros, el escudo de la haraganería. "Aquí no se puede hacer nada, porque es un país de barbarie". "Es demás, amigo, usted pierde lastimosamente su tiempo". "Por andar de redentor lo crucificarán enseguida". "No hay medios, no hay recursos; es mejor esperar". "La Universidad única es una utopía". "La unión de Centroamérica es una chifladura". 'Hay que ser práctico y llenarse los bolsillos". "Fulano es un teórico" (Entre nosotros es teórico el que ha leído un libro y práctico, el analfabeta). "Todo está ya corrompido y es demás componer la cosa". Y así, la letanía infernal no acaba en la boca de los haraganes que pretenden, que simulan ser escépticos para no trabajar; pero que cuando la intriga brilla a la vista se vuelven animosos, optimistas, decidores, ingeniosos, locuaces. Y todo, para ellos, con supremo egoísmo.

Ambrogi es quien, así, puede decirse que llevó su esceptisimo como una nobleza en el alma. Era descreído, era fatalista; vivió lleno de amargura. Pero trabajó sin descanso. Es verdad cierta eso de que los últimos años los llenó de una actividad extraordinaria. Hay que ver esos cuentos llenos de fuerza y de luz, pletóricos de detalles, trabajados hasta en el pliegue más invisible, retocados y bruñidos como piedras preciosas. Y en medio de su amargura, conviene advertir que lo que menos escribió fué literatura enfermiza y morbosa, literatura llena de ese veneno que no por vestirse de galas retóricas, de sonoros lirismos, deja de ser veneno auténtico, toxina vil que destruye las alegrías de la juventud y hace de cada muchacho —con derecho a vivir y a esperar— un cadáver viviente, bajo la amenaza de peligros y males imaginarios. Todo lo de Ambrogi fué riente

(Sigue en la pág. 349)

Vigilia del mundo

Por *JOSE PORTOGALO*

= Del libro *Tumulto.* Ediciones *Imán.* Buenos Aires 1935.—Envío de Emilia Prieto =

Hoy, tal vez como nunca, quisiera estar contigo.
Llueve sobre la noche, sobre el sueño del mundo.
Sólo yo en el incendio de esta fiebre nocturna:
Pulpa de grito alerta, carne de anhelo puro.

Cuando vinieron los poetas alguien dijo que la desconfianza se agazapaba en las esquinas.

En el hocico de los perros; en el paso de los millonarios y en las rodillas de las muchachas.

Pero los árboles abrieron sus brazos, cayeron gorriones como pedazos de luna limpia y alguien leyó un poema.

Vinieron hombres con palas al hombro; traían la cara, los torsos y las manos tiznadas.

Las palas resplandecían como llamaradas de hoguera y tenían los ojos brillantes: Eran los mineros.

Entonces, un muchacho lustrabotas, sacó un montón de ruidos de la calle, encendió un cigarrillo y se puso a silbar un tango de cintura maleva.

Llegan viejos recuerdos y en el viento tus pasos
galopan como yeguas que violentan la tierra.
Suena mi pecho áspero como el cuero de un potro.
Oleadas de tumultos invaden mis arterias.

Después vinieron los albañiles y los pintores, los campesinos y los limpiavías.

Con ellos entró el viento, la madrugada, el canto de los gallos, el ladrido de los perros y el grito de los canillitas.

Todo estaba en perfecto orden y del vegetal seco comenzaron a surgir hojas verdes.

Cambiaron de lugar las viejas estrellas de la noche y la luna se limpió la cara con una esponja.

No es el viejo lamento, ni la súplica torpe.
Desde la gleba húmeda de los siglos me asalta
este rencor que enciende mi voz recién nacida.
Innumerables vértigos hasta ti me levantan.
—Salen sombras descalzas a mojarse en las calles.
Y asoma su hambre vieja un hombre en algún mármol
Ladran perros fantasmas desde un sitio cualquiera.
Alguna prostituta huele a alcohol y a tabaco.

Yo hice un atado de mis recuerdos y lo tiré a un río. Era el río de las lágrimas de los viejos y de las beatas.

En él suelen bañarse Cristo y los doce Apóstoles y salen sucios como la cara de un deshollinador.

Cuando vinieron los vigilantes comenzaron a ladrar los perros. Pero un niño los apaciguó con un chasquido de dedos.

Se empañaron los vitraux de las catedrales y el eco de las campanas fué rodando por los caminos.

Cantan las altas nubes y el viento entre los muros.
La ciudad alza el cuello de su grito naciendo.
Paridos como en vientres de disputas violentas
suben árboles rojos en índice hasta el cielo.
Qué fuí sobre tus días, sino una herida, sangre.
Enmarañada niebla sobre el canto del gallo.
Caían soles negros sobre sueños concluídos.
Nuestros pasos se abrían sobre agudos guijarros.

El cielo estaba indignado y se puso violeta. Con la entrada de los vigilantes cundió el desorden.

Los marineros se emborrachaban en las tabernas; el ancla de los trasatlánticos giraba vertiginosamente.

El aire se enrarecía con las pitadas de las fábricas y el humo de las chimeneas.

Alguien dijo que había que cerrar las puertas, o contratar guardianes y emplazar ametralladoras.

Pero Dios estaba en la Bohardilla de las Conferencias Secretas y San Pedro hacía el amor a las dactilógrafas yanquis.

—Las estrellas cinematográficas estaban arrinconadas como trastos viejos y mostraban sus piernas a los Apóstoles de la Teosofía.

San Pablo se distraía sobándose las barbas tordillas y fabricaban guiñadas para un ángel robusto, madrugador y cínico.

Las secretarias de los Directores de las grandes empresas Capitalistas prostituían sus vientres y usaban alhajas y pieles costosas.

Eramos de la negra, negra entraña del pobre.
Carne de mujer sola, codiciada y sin ángeles.
Tú, el ojo de mis sueños, mi habitante despierto,
limpia como una espiga sin resguardo en las calles.
Yo, el huésped de tu sexo, desposeído y solo.
Raíz oscura y torpe de una infancia engrillada.
Calles de Buenos Aires en una imagen única,
que bien pudo ser muerte, o bien pudo ser lágrima.

En la Bohardilla de las Conferencias Secretas también estaban Rothschild, Ford y el Papa Pío XI.

El Duce jugaba al *tresiete* con el Rey de Etiopía y el Fuehrer platicaba con el ministro francés bebiendo chatreux y comiendo chucrú.

Los diarios de la mañana hablaban de una próxima guerra. Pero los pacifistas se agitaban como peces fuera del agua y se oponían con brillantes discursos.

Alguien trajo la noticia de que Roosevelt había ideado un plan para combatir la desocupación.

El viejo Dios crispó los puños, lanzó una blasfemia condenatoria y el Duce soltó una carcajada que desarticuló toda su ortopédica estructura de actor magnífico.

Llueve sobre la noche, sobre el sueño del mundo.
—¿En qué dispersa atmósfera de tiempo te disgregas?—
La ciudad alza el cuello de su grito naciendo.
Y yo en el centro—solo—de esta noche de hogueras.
Digo solo y no es cierto. Sobre el sueño del mundo
como una entraña virgen late un siglo en fermento.
El motín de las urbes se levanta en los brazos.
Vienen claras estrellas palmoteando en el viento.

Todos en ese momento convinieron que los políticos podían arreglar la "cosa".

El Papa XI se prestaba al enjuague con encíclicas contra los ricos y contra la guerra pero reclamando cordura a los pobres y organizando congresos eucarísticos.

Se proclama la democracia en todo el Orbe. Hitler protesta. Mussolini protesta. Dollfuss está ausente pero hay un gusano enano que lo representa y protesta.

Vienen generales negros y generales pardos. Los ángeles están contratando un elenco de títeres nacionalistas y se distraen.

Alguien propone que se dé una tregua. Se inventa un pretexto de paz internacional. Los políticos están contentos.

Porque me nutren jugos de edades que ya avanzan,
pájaros jornaleros me cantan al oído.
Y aunque la noche es negra, negra como tu ausencia,
pulen en mí sus uñas los rencores del siglo.
Mi piel es firme y dura, mi voz es alta y ronca.
Tengo de insultos llena la lengua y las encías.
Millones de hombres rudos trabajan en mi pulso.
Hay en mi voz un sueño que nunca se fatiga.

(Sigue en la pág. 349)



Madera de *Emilia Prieto*

Una lección...

(Viene de la pág. 347)

y festivo, bello y cálido con la calidez, con la tibieza de la vida.

Pero no sólo esto. Es casi explicable que se pierda la fe cuando se ha batallado y se ha sido vencido; cuando las armas se han roto en el choque contra poderosos adversarios; cuando las trincheras, santificadas con el sacrificio y la valentía, han sido deshechas por el asalto enemigo; cuando el escudo se ha hecho pedazos sobre el brazo combatiente; cuando se ha realizado un esfuerzo, mas no cuando la vida ha sido muelle y fácil, holgada y cobarde. Y en nuestro medio no sólo nos encontramos con gentes que aparentan esceptisismo para no luchar —aunque sus luchas anteriores hayan sido pirotecnias infantiles— sino también muchachos de la nueva generación, apoltronados, logreros, simuladores del talento, que antes del amanecer de la vida están ya llenando las alforjas, presas de miedo pánico.

Pasó agriado este Arturo Ambrogi; pero hizo obra de mérito, hasta en el último instante. Y hemos contado cómo, sintiéndose enfermo y sin recursos, vino a este Diario—que él favoreció con su cariño, a ofrecer su trabajo—su trabajo limpio. Estaba muy enfermo, pero no se rendía. Así escribió su crónica del 2 de Noviembre para don Saturnino Cortez Durán, siendo esa página, que destinó al *Diario de Hoy*, quizá la última cosa que escribiera en su vida.

Naturalmente, Ambrogi no era un santo. Tenía algunos defectos, según los habladores de la vuelta de la esquina. Pero él nunca anduvo simulando santidad. Era franco, perfectamente franco. No hizo papel de apóstol ni mucho menos, como que reconocía que le habrían hecho falta muchas fuerzas morales para manejar con firmeza ese timón trágico —donde estallan indirectamente las tormentas del mundo— que marca el rumbo a las generaciones, navegando en la noche con pocas estrellas.

Con todo, advierta la juventud salvadoreña la faceta límpida de la vida de Ambrogi. Esa que le enseña amargado, envenenado, triste, pero siempre en el trabajo, siempre en el ensueño, siempre hacia las alturas... Cosa de deslumbrante grandeza porque gracias a ella El Salvador se queda con un tesoro que antes no tenía.

Pablo Neruda o aquél...

(Viene de la pág. 344)

del fantasma de un buque de carga "de podridas maderas y hierros averiados" que hacía un agrio ruido en las aguas. Allí había en la bodega, sacas, sacos, que un Dios sombrío había acumulado 'como animales grises, redondos y sin ojos". En fin, entra el viajero en "el desventurado comedor solitario", donde está el tiempo "inmóvil y visible como una gran desgracia". Y esas cosas de los buques de carga, o de sus fantasmas, mejor dicho:

Olor de cuero y tela densamente gastados,
y cebollas, y aceite, y aun más:
olor de alguien flotando en los rincones del buque,
olor de alguien sin nombre
que baja como una ola de aire las escalas.

¿No será la sombra del propio poeta, el fantasma? ¿No será la separada sombra de nuestro pasajero fatal?

Se desliza y resbala, desciende, transparente,
aire en el aire frío que corre sobre el buque.
Con sus manos ocultas se apoya en las barandas
y mira el mar amargo que huye detrás del buque.

—o—

En el segundo tomo de *Residencia en la Tierra* es donde se hallan las noticias más cumplidas del increíble crucero. Allí, sólo la muerte: ¡y cómo!

Yo veo sólo, a veces,
ataúdes a vela,
zarpar con difuntos pálidos. . .
con las velas hinchadas
por el sonido silencioso de la muerte.

Y abundan ya las especificaciones, aunque el poeta empiece diciendo: *Yo no sé, yo conozco poco, yo apenas veo...* Datos puntuales, exactos: La cara de la muerte es verde, y su mirada también verde "con la aguda humedad de una hoja de violeta". Así es allá. ¿Y acá, del lado del mundo? Del lado del mundo, la muerte va "vestida de escoba", barriendo, claro está, para aquel otro lado:

Lame el suelo buscando difuntos,
la muerte está en la escoba.
Es la lengua de la muerte buscando muertos.
Es la aguja de la muerte buscando hilo.

Y, cuidado, mortales. La muerte vive tendida en los catres, en los colchones, en las frazadas negras, y de repente sopla. Su soplo hincha las sábanas. Y entonces, "hay camas navegando a un puerto", en donde está esperando la muerte:

en donde está esperando, vestida de almirante.

El mar, mientras suceden estos arcanos, está como espantado y sombrío de desdichas. El poeta lanza entonces el grito más estentóreo: ¡Qué alguien venga! Se habla de una orilla terrible. El mar azota con furia unos muros de ceniza. "Y no hay nadie sino unas huellas de caballo".

Es allí, creo, donde levanta ese canto en que la muerte es lúgubremente ratificada. Sucedió que se cansó de ser hombre. Entraba a las sastrerías, a los cines, ¿para qué? Exclamaba: ¡El olor de las peluquerías me ha ce llorar a gritos! No mercaderías, no anteojos, no ascensores: ¿para qué todo eso? Se cansó de sus pies, de sus uñas, de su pelo, de su sombra: ¿qué hacer por calles "espantosas como grietas"? Se cansó de ser hombre, de ser "raíz en las tinieblas, vacilante, tiritando de sueño... absorbiendo y pensando, comiendo cada día". Por consiguiente, da su clamor total:

No quiero para mí tantas desgracias.
No quiero continuar de raíz y de tumba,
de subterráneo solo, de bodega con muertos,
aterido, muriéndome de pena.

Sin embargo, está más que nunca en la muerte, fuera de todo iluminado ámbito. Si quiere comer, allí hay "un terrible comedor abandonado —con las alcuzas rotas— y el vinagre corriendo debajo de las sillas". "Vinagre o sangre? y aun habla el poeta de unas copas "en donde nada cae, sino sólo la noche, —nada más que la muerte".

— o —

Y ya la cosa no puede ser sino de un solo modo. El más allá terrible, desolado, espantosísimo, ha sido alcanzado sobre el océano, sobre las islas, no sé cómo, en un buque de versos buscadamente destartalados; alcanzado ha sido el más allá por "los polvorientos sueños" del gran aventurero:

Polvorientos sueños que corren como jinetes negros,
sueños llenos de velocidades y desgracias.

La última latitud ha sido superada. Entonces, inevitablemente, las cosas son de una sola manera. Ya es inútil nadar "en contra de los cementerios que corren en ciertos ríos— con pasto mojado creciendo sobre las tristes tumbas de yeso— nadando a través de corazones sumergidos".

Y el poeta llora:

Hay mucha muerte, muchos acontecimientos funerarios,
en mis desamparadas pasiones y desolados besos.

Llora sobre la muerte y sobre la vida. Y hay algo muy de saber. No miente. Casi lo jura. Exclama al menos:

¡Dios me libre
de inventar cosas cuando estoy cantando!

—:—

Tal el formidable caso de Pablo Neruda. Yo tampoco he mentido. De esa manera aconteció.

Vigilia del mundo

(Viene de la pág. 348)

Se pone un letrero luminoso: *Es prohibida la entrada*. Pero el letrero es apedreado por la multitud.

Salen los poetas y los mineros, los albañiles y los pintores, los campesinos y los limpíavías, los marineros y los gorriones, el viento y la madrugada.

Los millonarios fornican con las vírgenes del calendario católico y viajan en dirigibles.

Los generales juegan una partida de ajedrez y miran con el rabillo del ojo a los ángeles invertidos.

Quedan los intelectuales y los políticos, las prostitutas y los ladrones.

En eso cruzó un tranvía cargado con bolsitas de libras esterlinas.

El Duque de Atholl estaba sentado en el primer asiento fumando un habano y señalaba en un mapa con un dedo gordo el corazón de la R. A.

Se oyeron varios disparos. Se ensangrentó la luna y la Democracia hacía de mujer orquesta.

También hay en mis sienes sal de estrellas marinas.
Hay la lumbre que nace de los huesos del muerto.
Hay la torva corteza del árbol y la piedra.
Hay la entraña salvaje de la tierra y del cielo.
—Las esquinas se juntan. Una plaza naufraga.
Hoy los diarios notician de una próxima guerra.
La bocina de un auto me detiene un segundo.
En este mismo sitio murió un obrero en huelga.

Como el griterío aumentaba los pájaros se amotinaron y un nacionalista emitió un prolongado rebuzno.

Los muchachos de la calle iniciaron una búsqueda y un juego curiosos:

Cogían las estrellas que estaban a su alcance y se las tiraban por las mejillas a los hombres, a las mujeres y a la conciencia revolucionaria.

Estos a su vez blandían proclamas violentas, escribían consignas subversivas en los muros de los conventos y apedreaban a los maestros y a los directores de escuelas.

El tumulto arreciaba. Parecía que el mundo ardía por los cuatro costados.

El viento tenía las piernas filosas y cantaba con voz de trueno la Epopeya del Siglo.

Los economistas burgueses se agarraban la cabeza. Planeaban teoremas para contrarrestar el hambre y se robaban los cigarrillos entre ellos.

Llueve sobre la noche, sobre el sueño del mundo.
Y hoy, tal vez como nunca, quisiera estar contigo.
La ciudad alza el cuello de su grito naciendo.
El alba me sorprende con vosotros, amigos.

¡Qué lindo! Yo estaba con un perro, limpiaba una ametralladora silenciosa y tenía en los ojos el sueño del mundo.

Los libros de la semana

Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas Editoras

Una traducción de Arias Trujillo, en 2da. edición:

Balada de la cárcel de Reading, por Oscar Wilde. Editor: Arturo Zapata. Manizales, Colombia.

Envío del editor.

Donación del autor, tan amigo:

Alfonso Reyes: *Otra voz*. 1925-1934. Poemas. Ediciones de *Fábula*. México. 1936.

Otros poemas:

Interior, por Amelia Ceide. Puerto Rico. 1936.

Un humorista colombiano:

Germán Arciniegas: *Diario de un peatón*. Suplemento a la *Revista de Indias*. Bogotá. 1936.

Ministerio de Educación. Sección de Publicaciones.

De Juan Mario Magallanes:

Cielo en los charcos. Novela. Ediciones de la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense. Montevideo. Buenos Aires.

Con el autor: Simón Bolívar 1180. Montevideo. Uruguay.

De Sady Zañartu, secretario de la Sociedad Escritores de Chile:

Piedra y Sol. Hacia el mundo de los inkas. Prensas de la Universidad de Chile. 1935. Una interpretación de un viaje al Cuzco (Perú). Reproduciremos uno de los capítulos.

Con el autor: Benavides. 2076. Santiago de Chile.

De Humberto Mata Martínez:

Doctrina y Técnica. (Influencia de la técnica en la cultura contemporánea). Quito. Ecuador. 1936.

De F. Ferrandiz Alborz (*Feafa*):

25 *estampas de Guayaquil*. Quito. Ecuador. Dibujos de Alfredo Palacio (Alpha) y Galo Galecio.

Con el autor: Apartado 403. Quito. Ecuador.

Del mensuario argentino SUR:

Ha llegado el Nº 24: con artículos de Alfonso Reyes, Stefan Zweig, Jules Supervielle, Pedro Henríquez Ureña, Jorge Luis Borges y otros. Es un Nº complementario del dedicado al Congreso Internacional de los P. E. N. Clubs.

Precio del ejpr.: ₡ 3.50.

De Jaime Orosa Díaz:

En la Tribuna de la Prensa. 1936. Ediciones U.A.R.. Mérida, Yucatán, México.

De Octavio Novaro:

Canciones para mujeres. Ediciones *Simbad*. Cuadernos de poesía. México.

Con el Lic. Novaro: Nuevo León 315. México, D. F.

De Gmo. Padilla Castro:

El caso de Costa Rica ante la Sociedad de Naciones. Imp. Española. San José de Costa Rica. 1936.

De Herminia Brumana:

Cartas a las mujeres argentinas. En las Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1936.

Con la autora, tan estimable: Sáenz Peña, 141. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Del Dr. Francisco Castillo Nájera, Embajador de México en Washington:

Breves consideraciones sobre el español que se habla en México. Edición del Instituto de las Españas. New York. 1936.

Discurso pronunciado en el Instituto de las Españas de Washington en la Fiesta de la Raza celebrada el 12 de octubre de 1935.

Palabras proféticas

= *El Mono Azul*. Madrid =

La Iglesia.... jamás deja de inculcar, el acatamiento y obediencia debidos al Poder constituído, *aún en los días en que sus depositarios y representantes abusen del mismo* en contra de ella, privándose, de esta suerte, del más poderoso sostén de la autoridad y del medio más eficaz de obtener del pueblo la obediencia a sus leyes. *Con aquella lealtad, pues, que corresponde a un cristiano, los católicos españoles acatarán el poder civil en la forma con que de hecho exista, y, dentro de la legalidad constituída, practicarán todos los derechos y deberes del buen ciudadano*".

A estas palabras de la pastoral publicada por todos los prelados españoles al advenimiento de la República, en 1931, añadía "El Debate", con fecha 8 de octubre de 1932, estas otras de encabezamiento y comentario:

"Hemos sido y seremos los paladines de la lucha legal y del acatamiento a los Poderes constituídos. Ante todo, por razones morales. Respetamos otros criterios; pero nosotros creemos que *la rebelión propiamente dicha es ilícita*. Esta creencia encuentra firme e inequívoca corroboración en multitud de textos de León XIII. La pastoral colectiva de los prelados españoles, publicada precisamente a poco de instituída la segunda República, nos alecciona con la misma doctrina; y los prelados españoles, juntos en aquella declaración, para nosotros son la Iglesia. Por si alguien las olvidó repitamos sus palabras: *que no admiten la sedición y el complot*".

Por si alguien las olvidó las repetimos: *ante todo, por razones morales*. Y preguntamos: ¿Cuál era, cuál es el Poder constituído en España cuando se produce el complot, la sedición, la rebelión armada que combatimos? ¿Cuál *el poder civil que de hecho existe? ¿*Cuál *la legalidad constituída?*

Los paladines de la lucha legal y del acatamiento a los Poderes constituídos, ¿qué se hicieron? *Aquella lealtad que corresponde al cristiano, ¿en quiénes estuvo?* ¿Quienes han mentido? ¿Quiénes han traicionado?

De pie, en mi puesto, al lado del pueblo español, con el pueblo, con la verdad, estoy esperando la respuesta.

José Bergamín

De Carlos Prendez Saldías:

Romances de tierras altas. Editorial *Nascimento*. Santiago de Chile. 1936.

Con el autor y buen amigo: Casilla 2829. Santiago de Chile.

De César Brand:

Figurones. En verso. Librería del Colegio. Buenos Aires. 1936.

Donación (10 ejemplares) de los Almacenes y Depósitos del Ministerio de Educación Nacional, Rep. de Colombia:

Darío Samper: *Cuaderno del Trópico*. Poemas. Suplemento de la *Revista de Indias*.

Ministerio de Educación. Sección de Publicaciones. Bogotá. 1936.

Donación del Licdo. Tomás Garrido Canabal:

La Ley de Educación del Estado de Tabasco. Villahermosa, Tabasco. México. 1935.

De Víctor Ml. Elzondo:

El granuja y otros dramas y comedias para representaciones escolares. Imp. Lehmann & Co. San José de Costa Rica.

Señalamos el esfuerzo. Volveremos con este libro.

De José Muñoz Cota:

Emiliano Zapata. Corridos. Prólogo de Francisco Castillo Nájera. México. 1936.

Con el autor: Mirto 31. "A". México, D. F.

Del Dr. Alfredo L. Palacios:

La represión del fraude electoral. Editorial *Claridad*. Buenos Aires. 1936.

Sumario: 1. La educación y la mentira política.—2.La democracia, los organizadores de la Nación.—3. El instinto de libertad y la soberanía popular. —4. La ley Sáenz Peña—El sufragio. —5. Los enemigos de la democracia. —6.La ideología sindicalista. — 7. El perfeccionamiento de la democracia.—8. La responsabilidad del Presidente de la Nación.

De la piratería...

(Viene de la última página)

ra nuevas creaciones? No. El fascismo ha llegado a España llamado por la traición cuartelaria a imponer sistemas. Para imponerlos buscó a Federico García Lorca que daba la imagen de una España nueva. Lo buscó en Granada, en su Granada, hasta humillarlo y asesinarlo. Para dar una lección a España. La inmensa lección de barbarie que el mundo presencia. Ese es el sino satánico del fascismo.

De ahí que en España esté muerto el monstruo. Está en lo más horribles estertores y causa males irreparables. Quién lo librará de la muerte? Nadie podrá librarlo de la muerte. España sufre. No es en vano. De su dolor nace la salvación de los pueblos a quienes los fascismos tienen fichados para sus próximas pillerías. Tocó a España experimentar el asalto de las mesnadas fascistas. Y opuso la grandeza de su pueblo, invencible, sereno, superior a la podredumbre que quiso llevarle el fascismo apoyado por la barbarie cavernícola. Podredumbre que se llevó a Federico García Lorca sin que manchara la estrella brillantísima del escritor que inició a España en un arte teatral superior. Presentemos el caso de García Lorca porque es fruto de la destrucción fascista como sistema de gobierno. Ese crimen quiere ignorarlo el fascismo. Wells pregunta por su distinguido colega y el sargentón responde que no sabe cuál es su paradero. Pero sigamos preguntando como Wells. Preguntemos todos los días a la militarada española qué hizo a García Lorca. Wells puede llamarlo su par. Nosotros digamos simplemente, qué se hizo García Lorca. Dónde está García Lorca, el escritor grande de España. Acusamos así el crimen fascista. Es el resumen de todos los crímenes fascistas cometidos en España. Aunque quiera ignorarlo la militarada cavernícola. En su interés está volverse indiferente y dar la respuesta cínica. Pero en nuestro interés antifascista está también denunciar la pillería. Sin vacilar, con resolución. Está muerta la aventura fascista en España. Todos lo sabemos. Pero hay que seguir en la lucha hasta que el mundo tenga conciencia clara de lo que es el fascismo como sistema de gobierno. No lo sabe el mundo. Y España se lo está diciendo. Cada día se lo dice con un lenguaje purísimo que no necesita interpretaciones. Contribuyamos a difundir el lenguaje de España acusadora de las piraterías de las mesnadas fascistas.

Elegía a John Flanders

= *Envío del autor. Panamá. R. de P.*

Tu amigo, el mudo, ha muerto aquí en Nueva York...
De una carta

Sería necesario comprender el dolor de una estatua derribada
sin que pudiera decir su mensaje de piedra a los siglos,
o mantener aún despierta en la memoria
la visión de una mujer despavorida
con la cabellera feraz envuelta en llamas
o haber visto unas manos de artista
mutiladas
en las cercanías del teclado de un piano,
o haber sentido una vez los pasos de la muerte...

Sería necesario comprender todo esto,
pero todo es inútil
en tu caso, John Flanders,
porque nadie dirá los suplicios del hombre que calló sus palabras,
de quien tuvo un mar de ternuras perdido en los pliegues marchitos de
(una voz imposible,
de quien supo la angustia de saber la palabra
que brotó de los labios del corazón, en tinieblas,
sin que pudiera llegar a las orillas del otro corazón que esperaba.

Ese tormento nadie lo dirá porque siempre
la mudez y el olvido se pasearon del brazo
y porque son las palabras las que anuncian la vida
y las tuyas no fueron sino de sombra y humo.

Así las telarañas proseguirán su industria
sobre las hojas blancas de los calendarios
y vendrán otros hombres y otras nuevas palabras
a llenar el vacío de las voces que han muerto,
y nadie,
nadie,
nadie,
mi querido John Flanders,
recordará tu imagen,
porque la memoria está hecha de acentos y de gritos
y el recuerdo es la sombra, el eco y el fantasma
de las palabras dichas.

Sin embargo, bien puedes
esperar tu venganza,
mi paciente John Flanders.

Cuando llegue la hora definitiva de la muerte
total e igualitaria,
cuando los últimos supervivientes ya no puedan hablarse
sino como ese disco del gramófono rayado que gira incansable,
y cuando las aguas del silencio ahoguen las palabras
y cuando las ramas ya no puedan danzar en el vals de los vientos
ni el ruiseñor pueda fingir de tenor en el bosque,
y cuando las torres de los últimos rascacielos
sientan el frío de la yedra inclemente que avanza,
entonces,
mi vengado John Flanders,
entonces,
pasearás por los campos tu mudez arrogante
y sabrás lo que dicen las hojas del árbol exangüe
y el mensaje de un casco de navío sobre una playa abandonado
y el dialogar amoroso de las estatuas de piedra,
mientras los demás hombres que agotaron sus voces
sufrirán, ya perdidos para siempre los ecos,
la derrota sin gloria de sus muertas palabras...

Roque Javier Laurenza

Primero de Mayo

¿A dónde vas, campesino,
de mañana y tan temprano?
—Voy a reunirme a los otros,
voy al primero de Mayo.

¿A dónde vas, pescador,
que las redes has dejado?
—Voy a la fiesta del pueblo,
voy al primero de Mayo.

¿A dónde vas, obrerilla,
con el rostro alborozado?
—Voy con mi novio y su hermana,
voy al primero de Mayo.

¿Y a dónde, di, te diriges,
galán de alazán tan bravo?
—Voy con los buenos vaqueros,
voy al primero de Mayo.

Y tú, profesor, que vienes
incansable perorando,
¿a dónde vas con tus libros?
—Voy al primero de Mayo.

Y tú, policial que vistes
de civil porque estás franco,
¿a dónde vas? — ¡Con mi gente!
Voy al primero de Mayo.

Y en la plaza van creciendo
los sombreros monterianos
y las camisas grasientas
por el sudor del trabajo,

mientras los señores tiemblan
al ver llegar tan cercano
un mar de puños en alto
en el primero de Mayo.

Roque Javier Laurenza

Romance fronterizo de la Guerra Civil

= Envío de Carmen Conde. Murcia. Noviembre de 1936 =

Alerta, los milicianos;
despiertos, los de la Armada;
en pie las fuerzas leales
que ponen cerco a Granada.
Las serranías están tristes,
triste está Sierra Nevada,
tristes el campo y el cielo,
tristes las orillas claras,
porque los lobos fascistas
han secuestrado a Granada.
De Alicante y Cartagena,
de Murcia, Guadix y Baza,
vienen hombres, llegan hombres
a librar la secuestrada.
Capitanes, marineros,
obreros puestos en armas,
ocupan ya todo un arco
que va ciñendo a Granada.
¡Granada no será vuestra!
Tendréis pronto que entregárnosla,
porque siendo de nosotros
Granada será de España.
De nuevo estarán alegres
Colomera, Calicasas,
Deifontes, el Molinillo,
Iznalloz, Guadix y Baza.
De nuevo el campo y el cielo,
mostrarán orillas claras;
será más pura la nieve
que cubre Sierra Nevada
cuando las tropas leales
—¡oh, qué luz republicana!—
cierren el arco que ahoga
al fascismo de Granada!

Antonio OLIVER BELMAS

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
EN COSTA RICA:
Suscrición Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE, $ 3.50
EL AÑO, $ 6 00 O. AM.
GIRO BANCARIO SOBRE
NUEVA YORK

De la piratería internacional fachista en España

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración.* Costa Rica, diciembre de 1936 =

Al escritor Federico García Lorca lo asesinó la barbarie fascista que destruye sistemáticamente a España. Es uno de los crímenes que mejor revelan el arma siniestra de las mesnadas que el fascismo alquila para sostener esa guerra de piratería. El escritor pasaba algunos días en Granada y sólo por ser creador de un teatro inspirado en asuntos sociales la barbarie lo persigue y lo fusila. No hay otra motivo. La consigna fascista impuesta por el fascismo internacional a los cavernícolas de la traición militar fué destruir sin piedad para difundir el pánico.

Pensaron triunfar sobre el pueblo español amedrentándolo y desde que cayeron sobre él por sorpresa asesinaron en masa sin distinción de sexos ni de edades. A García Lorca no lo capturaron en acción alguna revolucionaria. Lo tuvieron por revolucionario nada más que por su teatro de los últimos tiempos. La actriz eminentísima, Margarita Xirgú, había estrenado en Madrid el teatro de García Lorca. Y la gloria acompañó desde entonces al escritor. Los cavernícolas lo sabían y como el propósito de ellos es retroceder España a muchos siglos de distancia, sindicaron a este espíritu nuevo de rojo. Y lo asesinaron fieramente.

El crimen fué en Granada, dice en sus versos terribles el poeta Antonio Machado, el español que no ha querido salir de Madrid a pesar de pedírselo la junta de defensa. Y a Granada dirige otro escritor inglés esta petición: "H. G. Wells, Pdte. del Pen Club de Londres, desea con ansiedad noticias de su distinguido colega Federico García Lorca, y apreciará grandemente la cortesía de una respuesta". Y la respuesta es: "Coronel Gobernador de Granada a H. G. Wells. Ignoro lugar hállase D. Federico García Lorca.—Firmado, Coronel Espinosa."

El crimen fué en Granada y el jefe de la banda de asesinos no sabe dónde se halla su víctima. No quiere saberlo, porque es de esos crímenes que han de desatar fuego del cielo. Piensa el cavernícola que ignorándolo quedará libre de la infamia. Pero ya el mundo sabe cómo asesinaron al escritor grande de España. Lo sabe y lo condena. Wells dirige su conminatoria para acusar. No pregunta lo que ya sabe.

La barbarie hizo ostentación de su acto porque la consigna es vencer por el pánico. Gritaron el crimen para que el más hondo escalofrío de terror calara el alma de un pueblo varonil. García Lorca había sido fusilado por creérsele amigo del Gobierno tenido de rojo por el fascismo pirata. Si no había habido consideración para el escritor moderado que honraba a España menos habría habido piedad para el que cogiera el arma en defensa del Gobierno republicano y democrático. Se asesinaba a García Lorca y con ello corría la advertencia terrible.

Sólo que el fascismo internacional que escogió a España para campo de sus pillerías no calculó que España está habitada por poblaciones invencibles. El terror como medio de triunfar no es procedimiento guerrero que tenga éxito en España. El fascismo internacional abate a los pueblos por el asesinato en masa e individual. Quiere romper la estructura viril y arrebañar. Topó con el pueblo español y allí está enterrando su miseria. Son inmensos los crímenes que hacen sangrar la entraña viva de España, pero el fascismo está definitivamente muerto. Por grandes que sean sus alardes acaban en estertores. Es claro que todo estertor de bestia herida es peligroso. Pero los males hechos a España por el fascismo son siempre menores que la imposición sangrienta que pretendió llevar a cabo. Asesinan y con ello dan la medida de lo que sería para los fascismos la victoria. No toleran ninguna cabeza erguida. Si el escritor surge es para turiferario del régimen, nada más. En García Lorca no vieron esa miseria y lo asesinaron. España sería, si los cavernícolas instrumentos del fascismo internacional pudieran abatirla, lo que son los países apabullados por la canalla fascista. Cárcel por todos lados. La cárcel es el símbolo de la paz fascista. El que no emigra pára en la cárcel. O en el cementerio si es necesario acabar con él. Con García Lorca era preciso acabar. Para infundir horror a un pueblo erguido.

Pero ese pueblo es el español y el miedo nunca ha podido encontrar asideros en España. Al crimen responde levantando más alto su cabeza y mostrándola a los fascinerosos resplandeciente, serena, triunfante. Esta es la virtud del pueblo español. Tan grande que enloquece a sus enemigos y los precipita en abismos infernales. Los fascismos internacionales han acumulado en España todos sus modernos medios de destrucción. Y el pueblo cada día da una respuesta majestuosa. Los fascismos detruyen sistemáticamente la ciudad de Madrid. Por pura demencia, porque Madrid no es objetivo militar. Y el pueblo cuanto más inicua es la destrucción más sereno se comporta. Los fascismos fabrican los explosivos más certeros y los arrojan desde sus cetrerías inmundas sobre Madrid. Y el pueblo ve correr la sangre y contempla debajo de los escombros mujeres y niños indefensos. Pero el terror no lo acobarda. Los fascismos se vengan buscando las barriadas de obreros para blanco de sus fechorías. No buscan los barrios de los aristócratas porque saben que allí están metidos los cavernícolas. Quieren víctimas pero han de ser de las masas populares. Esto hacen los fascismos con el pueblo español. Y no meten el terror que esperaban como medio de triunfar. El pueblo es cada día más recio en su lucha.

Vean los limpios de corazón lo que es el fascismo cuando quiere dominar a un pueblo para señorearse. En España tiene el mundo un espejo clarísimo. Es una sucesión de crímenes la guerra desatada por los fascismos contra España. Crímenes horribles. Se apoderaron del estado primitivo del cavernícola español y sobre esa primitivez asientan su destrucción. El asesinato del escritor Federico García Lorca en Granada es el ejemplo dado al mundo por un sistema que ambiciona generalizarse como forma de gobierno. Ejemplo de destrucción de todo lo que no esté nivelado. Nadie puede levantarse un milímetro sobre la medida decretada por la mediocridad del régimen. En García Lorca vió el fascismo que ensucia a España un representativo de la inteligencia dignificada. Y lo asesinó para decir a España que a España había llegado valiéndose de la traición de los cavernícolas a nivelarla, a someterla a su racero que nadie puede sobrepasar. Lucha contra la inteligencia es la norma predominante del fascismo. La inteligencia crea y el fascismo lo que persigue es aplanar. Todo su arte es aplanar. ¿Cómo va a dejar en Granada que viva un escritor empeñado en crear un teatro de tinte social?. ¿Cómo va a permitir que ese escritor contemple aquella guerra y recoja de ella motivos pa-

(Pasa a la página anterior)

Estatua con banderillas de fuego

Madera de *Laporte.*